

007

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY



JOAQUIN

DICENTA



DESDE
LOS
ROSALES



PO 05607
.I3
D4





1020027622



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



J. DICENTA.



**Desde
los
Rosales**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALONSO REYES"
CALLE 1025 SUR, MONTECARMELITO, NUEVO LEÓN
098563

San Vicente de la Barquera.—1906.

33326

863
D.

PQ6607
.I3
D4



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Establecimiento tipográfico de EL LIBERAL

La Llegada

UANL

Núm. Clas.	864.62
Núm. Autor	D.546 d
Núm. Adq.	33326
Precedencia	-8-
Precio	
Fecha	
Clasific.	69
Catálogo	



El cielo está gris desde mi arribo á este pueblecillo marineró, enclavado entre la montaña y el mar.

Durante el viaje fué mi compañera la lluvia, una lluvia tenaz, monótona; parecía que el tren caminaba entre dos paredes de vidrio. Sucediáanse los paisajes sobre la tierra; el cielo era igual siempre: un manchazo color ceniza; daban ganas de que entrase pronto la noche para dejar de verlo. Me adelanté á la noche cerrando los ojos.

Así transcurrieron horas, muchas horas, sin que turbasen mi quietud más que el ruido del tren en marcha, el golpeteo de la lluvia contra los cristales y el vocear de los *mozos* en los andenes, pronunciando nombres de estaciones y apeaderos.

Veces hay en que el hombre no se pone en viaje, se factura, tal que si á cuenta de hombre fuese una mercancía. A título de fardo me arrojé contra los asientos del vagón.

Roto de espíritu, quebrantado de energía y de voluntad en fuerza de sacudir el uno y gastar las otras con todo género de luchas, hice del billete papeleta consignadora, del coche, furgón de equipajes, y envié á San Vicente de la Barquera mi desvencijado bulto humano, dando á la montaña y al mar el encargo de recomponerlo.

¡Recomponerlo!... Bien necesitamos composturas y recomposturas los nacidos para sostener en el mundo todos los combates, desde el inevitable por la existencia, hasta aquellos en los cuales se sacrifican impiadosamente al deber la alegría y la felicidad.

A ratos por voluntaria decisión, á ratos por decretos del sueño, no abrí los ojos en el transcurso de la noche; tampoco los abriera á la luz del día si una voz áspera no metiese por mis orejas este grito: «¡Torrelavegal... ¡Cambio de tren para el Cantábrico!...»

Aguardábame un coche y emprendí la marcha por entre dos hileras de álamos.

A un lado y otro de los álamos, se descubrían montes verdes, de una verdura suave, que la lluvia acerciopelaba bajo el cielo plomizo.

No cambió el espectáculo de la Naturaleza durante el viaje del tren cantábrico. A un monte seguía otro monte; á un valle otro valle. Por los montes se escalonaban las caserías cenicientas, con sus tejados rojos y sus ventanas cuadrangulares, y sus cúbicas chi-

meneas, empenachadas de humos anunciadores del yantar matutino. En los valles amarilleaba el centeno y cimbreaban coquetonamente los tallos del maíz. Las carretas iban y venían por los caminos. Su chirriar lamentoso acompañaba el canto montañés. Vacas de ojos melancólicos y repletas ubres, interrumpían la verdez terca del paisaje con las entonaciones de sus lustrosas pieles. Los pinos dirigían su copaje negro hacia la altura; abriáanse las encinas sobre la atmósfera en recios brazos; el río avanzaba por entre matojos y arbustos ensanchando y ahondando siempre su corriente, siempre quejándose en su avance, como si presintiera su próximo fin, como si diera sollozando un adiós á su vida, que iba á arrebatarse el abrazo asesino del mar.

.....
Llego á la estación de San Vicente, y dejo el tren por un carruaje. Dos kilómetros separan la estación del pueblo; y la lluvia no cesa de caer.

Sobre el lado izquierdo del camino continúa desarrollándose la inconcluible montaña verde; el derecho se hundé hacia una marisma. Matas pringosas brotan de la tierra húmeda; la marea baja pone al descubierto fangales que desprenden vahos salobres. La ría, abandonada por el mar, enflaquece y lo busca con desmayada lentitud; sobre la arena humean, formando sombrías montones, las algas; de las rocas

cuelgan los musgos en marañas esmeraldinas de seda sin tejer; charcas de negruzco matiz espejean entre las honduras del terreno. Es una visión triste, más triste aún bajo el cielo gris y lloroso.

No parece sino que aquella tierra llora el alejamiento del Océano, cuyos bramidos se escuchan en la lejanía.

Hace mal en llorar; ligados están ella y el Océano para siempre. El volverá á ella; ella la acogerá, y unidos tornarán á encontrarse, á repetir su diaria boda. Las olas tejerán el velo de sus desposorios con jirones de espuma...

La carretera hace bruscamente un recodo, y surge ante las miradas del viajero el pueblecillo pescador.

Es pequeño, de aspecto pobre, de insignificante caserío; pero las casas son blancas y las ventanas desbordan en flores naturales.

Esto lo contemplo de pasada, porque no paro en San Vicente. El coche sigue hacia Los Rosales, y el pueblecillo desfila frente á mí como película en cinematógrafo.

Veo á mi espalda un puente; por sus veintiocho arcos debe entrar el Cantábrico cantando amores á la ría.

Veo después una plaza y un grupo de edificios blancos con galerías de cristales. Cinco ó seis callejones arrancan de la plaza y suben en cuesta hacia una

altura donde se yerguen una iglesia de arquitectura medioeval y un castillo en ruinas.

Salgo de la plaza y atravieso otro puente. En sus estribos cabecean cuatro ó cinco lanchas; en su pretil charla una docena de pescadores; en su fondo se alza una ermita; á su remate hay un lavadero. Dentro del lavadero las mujeres chapotean y cantan, llevando el compás con las enjabonadas ropas. Chapotean y cantan mientras el Cantábrico se resuelve en los últimos límites del horizonte y avanza desde ellos rugidor y bravío, para morir sobre la playa ó romperse contra el rocaje.

A la salida del puente se abre en ángulo recto un camino; encinas y álamos enlazados por zarzales lo orillan. A su promedio el camino se hace plazoleta; en la plazoleta hay una cruz, una fuente, un embarcadero, una iglesia, con la puerta cerrada, y una fábrica de conservas en pleno trajín.

De la plazoleta arranca un entre camino y sendero; á su terminación se descubren cinco ó seis hoteles que enfrentan con el mar.

Estoy en Los Rosales. Uno de aquellos hoteles es, mejor dicho, va á ser, mi residencia.

Pregunto por mi habitación sin preocuparme de las otras. Ya las veré mañana. De momento sólo necesito ver la mía, conocer el sitio donde voy á encerrarme durante algunos meses, en mis horas de reco-

gimiento y trabajo, de vigiliias que procuraré hacer fecundas, y de sueños que ojalá puedan ser tranquilos.

La habitación es espaciosa. Una cama de hierro, una mesita de nogal y un sillón de brazos le dan, con auxilio de las blanqueadas paredes, aspecto de celda. Faltan el reclinatorio y el crucijo para que lo sea por completo.

Abro el balcón y me inclino sobre la barandilla; el mar está enfrente de mí, separándome de la playa y del pueblo; una cortadura, que arranca del balcón mismo, hace éste infranqueable.

He cerrado la puerta, y, no sé por qué, acaso porque la luz de sol cernida por las nubes es gris, misteriosa, claustral, viene á mi recuerdo el de aquellos hombres que desengañados ó arrepentidos, ó vencidos en sus esperanzas, en sus pasiones y en sus luchas, pedían á las soledades de una celda remedio para sus dolores.

Antojóseme que yo era entonces algo así como uno de aquellos solitarios, y que si no al igual suyo, maldiciendo la vida y poniendo la felicidad humana después de la muerte, si no encerrándome egoístamente y para mí solo como lo hacen ellos, iba á aislarme también, para fortalecer mi espíritu, para conceder un compás de espera, un paréntesis de reposo á mis energías gastadas y á mi voluntad rota; para reconstituirlas y volver al mundo tal que vuelve el soldado

al combate tras la convalecencia: con una cicatriz más en la carne, pero resuelto á seguir peleando.

¿Pelear?... ¿Por quién?... ¿Para qué?...

Siempre tienen por quién y para qué luchar los que hacen de la vida una afirmación y ponen el porvenir de la humanidad en la tierra.



Media noche
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALONSO RÍYES"
CALLE 1025 MONTERREY, NICHUO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



ME ha despertado un rumor de pasos y voces que sonaban frente á la casa, turbando la paz de mi retiro. Los pasos eran fuertes y lentos; las voces hablaban un lenguaje extraño, incomprensible para mí.

—¿Qué será ello?—me he dicho. Y arrojándome de la cama, mal vistiéndome, andando á tentones, he abierto las vidrieras.

La luna asoma por el desgarrón de una nube, é ilumina, poetizándolos, la montaña y el mar.

Al pie de la casa han hecho alto mis despertadores, El astro de la noche los destaca, precisamente, sobre la pradera. Marineros son, á no dudarlo.

Altos, robustos, ceñidas las cabezas por boinas y los hercúleos troncos por blusas azules, charlan y se consultan. Unos llevan escondidas las manos entre los pliegues de la faja; otros accionan mordisqueando sus pipas de madera; algunos golpean el suelo con los anchotes pies.

Su complexión atlética y su habla, que continuó sin entender, pero que ya puedo clasificar, les cedulan de vascos. Pertenecen todos á la escuadrilla pescadora anclada en el embarcadero de la Compañía Asturiana. Vienen de Bermeo, de Lequeitio, de Ondárroa, de los puertos vizcaínos, á hacer la pesca del bonito. Son gentes honradas, sencillas, con poco fósforo en los sesos, y mucha potencia en los músculos.

¿Qué hacen á tales horas en la extraviada praderá? Me entra la curiosidad de saberlo y adelanto el cuerpo sobre la barandilla del balcón; interpelando al grupo con un «buenas noches, amigos».

—Buenas las tenga—me responden, arrastrando las eses por sus dientes hasta convertirlas en siseo.

—¿Dónde van á esta hora?

—A ver la mar—me replica uno de ellos.—Hay que verla, antes de salir, si se quiere volver.

—Y gracias, señor, que así y todo se vuelva—añade otro.

—¿Salen á pescar?

—Fácil será que sí. Si se puede, dentro de dos horas saldremos. Ello, la mar ha de decirlo.

—Y ¿desde dónde váis á ver la mar?

—Desde donde menos engaña; desde el castillo; ahí, más abajo de esos árboles.

—Tengo gusto en acompañaros. ¿Os estorbo?

Los marineros me contemplan haciendo un gesto

de sorpresa burlona. «Este señor que deja la cama para hablar con nosotros á media noche y que se dispone á acompañarnos para ver el aspecto de un mar en el cual no tiene que embarcarse, es un medio loco», deben pensar los vascos. Al menos el gesto suyo transparenta ese juicio.

Tal vez lleven razón. Lo cierto es que se me han quitado las ganas de dormir y que me entristece la solitaria frialdad de mi alcoba. Acabo de vestirme, abandono la habitación, bajo la escalera y me reuno á los pescadores.

La noche está fría; más que de Julio, marceña es. Ráfagas de aire húmedo silban entre matorrales y hierbajos; el mar rompe con estruendo en las rocas; la nube desgarrada echa con otra nube un remiendo á sus rotos, y la luna desaparece dejándonos á obscuras. Una lluvia menuda comienza á caer sobre nosotros. No hay otra luz en el horizonte que la del faro. Esta luz, abriéndose en haz sobre las aguas, esclarece una pequeña extensión suya. De ella sobresale como la joroba de un monstruo el negro rocaje de la barra. Las olas escupen contra aquella joroba espuma rojiza. Fuera de esto, no se ve nada; sólo se oye un rugido amenazador. Es el Cantábrico, que monologuea bravamente en la sombra.

No me opongo á que siglos atrás fuese el llamado ahora castillo, un castillo de veras, con todas las bru-

talidades arquitectónicas precisas á la brutalidad material y moral de sus fundadores. Hoy no queda rastro de castillo: ni torreones, ni almenas, ni fosos, ni murallas. Allí sólo existen un casuchón amonterado por ancho cobertizo, un banco de piedra sujeto con argamasa á la pared del casuchón, y un parapeto semicircular asentado en rocas sobre las cuales erízanse despeinadas cabelleras de musgo.

Desde aquel parapeto interrogan los marineros al Cantábrico, pidiéndole permiso para salir á ganarse su pan.

—¿Vas á ser bueno para nosotros, señor y amo de nuestras vidas?—preguntan al mar los pescadores con los mirares de sus ojos inquietos.

El mar no contesta jamás. Hay que adivinarle, no sólo escudriñando su superficie, es decir, su rostro, sino procurando averiguar lo que se revuelve en su fondo, es decir, en su alma. Algunas veces la superficie muéstrase placentera, y en el fondo se prepara la tempestad. Condición es propia á su grandeza este no dejarse conocer fácilmente. ¡Pobre del incauto ó del soberbio que, viéndole sumiso y acariciador, le desprecie, le considere esclavo suyo y pretenda burlarse de él!

Hay también en la especie humana caracteres de esta índole.

Tales eran mis pensamientos mientras los pesca-

dores, puesta su atención en los rafagazos del aire y en los bramidos de las olas, examinaban, estudiaban silenciosamente las tonalidades del cielo y las palpitaciones del Océano. Durante algún tiempo ninguno de aquéllos hombres pronunció palabra.

Al fin, uno de ellos, el menos joven, exclamó:

—Se puede salir; mediano anda; pero vamos, se puede salir, si os parece.

—Saldremos—repuso otro.—Hay que ganar la vida.

Los demás callaron, y todos juntos, volviendo las espaldas al mar, marcharon hacia el embarcadero.

Quedé solo, acodado contra el parapeto, con la frente hundida entre las manos y los ojos del pensamiento puestos en mi conciencia.

Hay un goce supremo—¡infeliz de quien no sepa disfrutarlo!—en estos diálogos de uno con uno mismo, en estas procesiones de recuerdos y de esperanzas, que pasean por el interior de nuestros cráneos todas las imágenes dolorosas y alegres, todos los actos malos y buenos que formaron y forman la médula de nuestro existir.

¡Qué peleas tan formidables libran muchas veces nuestra conciencia y nuestras pasiones en tales audiencias solitarias! ¡Cómo respuestas y preguntas se suceden en los dialogares mudos de uno con uno propio!... ¡Salirse de sí mismo para estudiarse y juzgarse y senten-

ciarse á sí mismo también! Es muy ruda, pero muy hermosa faena. Menos mal si, cueste lo que cueste, se logra salir de ella llevando la conciencia tranquila.

Debieron ser, no minutos, horas las que permanecí en aquella actitud.

Cuando alcé la cabeza, estaba la luna próxima á su poniente. No quiso dejar la tierra sin decirle adios, y apareció por entre dos nubes, sobre una ancha franja de cielo azul, alumbrando espléndidamente el espacio que se ofrecía ante mis ojos.

Romantizada por la luna, no era ya la barra monstruosa jiba; monte de plata era, sobre el cual sacudían las olas sus cisneos airones. En lluvia de nieve agonizaban otras olas contra las arenas de la playa: polvo de oro parecían las arenas entonces; de aquel polvo arrancaba la montaña verde. A los rayos lunares adquiría el verde montañés melancólicas palideces; hacían soñar ellas con amores de leyenda germana, con vírgenes de cabellos rubios, que, puestos los azules ojos en el mar, aguardaban al caballero libertador de su hermosura. Las caserías trocábanse en encantados palacios de marfil; los árboles, en fantasmas de extendidos brazos, prontos á defenderlos.

Al término de la montaña, flotaba el cabo Oriambre como una gigantesca tortuga asomando la cabezota por el blindado caparazón; y desde el cabo, al fren-

te, á la izquierda, en todo el horizonte que las pupilas descubrían, mostrábase el Cantábrico solo, dominador, desafiando al cielo con las arrogancias de su oleaje y haciéndose espejo de la luna, que temblaba al mirarse en él.

Un ruido de remos distrajo mi atención. Eran las barcas pescadoras que dejaban el embarcadero.

Pasaron cerca de mí cabeceando, recogidas las velas, obedientes al impulso de los remos, dóciles á la maniobra del patrón, que en la popa timoneaba.

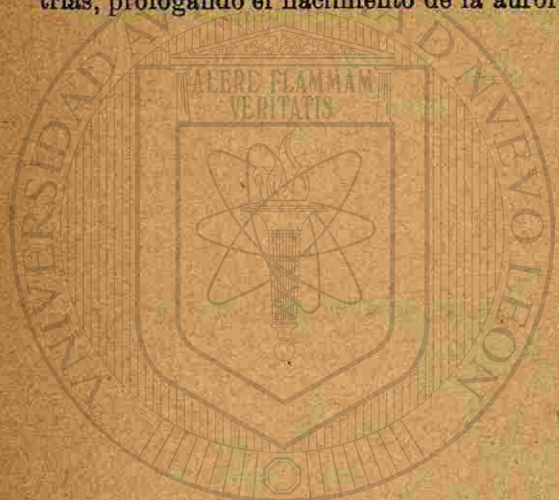
Fueron desfilando una á una, con majestuosa lentitud. Nadie entre los hombres que las tripulaban se volvió á mirarme, á decir «adiós» á su compañero de un minuto.

¿Adiós? ¿Para qué? Los marineros iban á buscar el pan, á pelear por la existencia, acaso á perder la vida por ganarla. Cuando se va á eso no se pierde el tiempo dando adioses á un desconocido. Bastantes adioses se dan, no con los labios, con el alma, á los seres queridos, á los que se deja, ignorando si ha de volvérselos á ver.

Pasaron las embarcaciones la barra, tendieron al aire su velamen y echaron mar adentro, empequeñeciéndose por segundos, saltando sobre las aguas temeronas.

La luna se hundió en aquellas aguas bruscamente,

de un salto, como si la hubiera tragado el abismo líquido. La obscuridad volvió á enseñorearse de la tierra y del cielo. Sólo allá, muy lejos, en el oriente del espacio, las nubes se cubrieron de sanguinolentas estrias, prologando el nacimiento de la aurora.



Santa Catalina

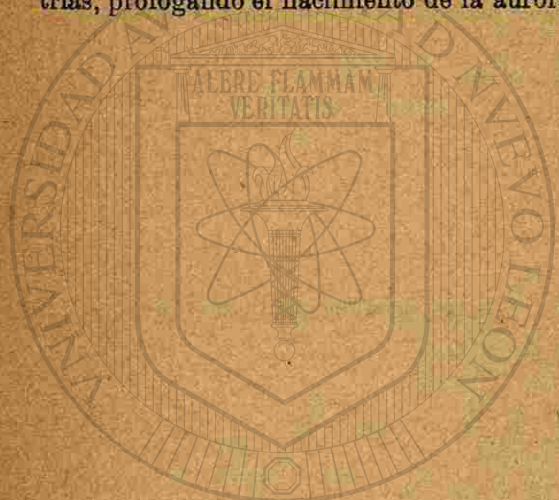
UANTL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA HUMANIDADES
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de un salto, como si la hubiera tragado el abismo líquido. La obscuridad volvió á enseñorearse de la tierra y del cielo. Sólo allá, muy lejos, en el oriente del espacio, las nubes se cubrieron de sanguinolentas estrías, prologando el nacimiento de la aurora.



Santa Catalina

UANTL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA HUMANIDADES
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE



Los hoteles próximos al mío empiezan á llenarse de gente, de familias que buscan en este apacible rincón de la salud y el descanso.

No sé quién son tales familias; ignoro sus nombres. Cuando las tropiezo en la playa, en las sendas que van al monte ó en el camino que conduce al lugar, las saludo con una inclinación de cabeza. Ellas me contestan lo mismo. De ahí no pasan nuestras relaciones. Así cumplimos ellas y yo el más incumplido deber: no molestar al prójimo.

En cambio, los niños de todas las casas se reúnen y fraternizan. Salen de sus viviendas como los pájaros del nido á los rayos primeros del sol. Muy luego constituyen grupos alegres que juegan y disputan y voccean y ríen con los pulmones abiertos á las puras brisas del Cantábrico.

Sus padres les vigilan desde las puertas y balco-

nes. Yo alzo á ratos los ojos de sobre las cuartillas para verlos jugar.

A hinno me suenan las risas y voces infantiles. Himno son. La humanidad lo entona al porvenir por boca de los niños que juegan.

¡El jugar de los hijos!... Nada comparable á la dicha que nos proporciona con sus esparcimientos esa carne de nuestra carne. Nada tan digno de respeto y adoración como ella. En ella están resumidas, purificadas, perpetuadas nuestras horas de amor. Cada átomo suyo es un beso dado por nuestros labios, una caricia que perdura, muchas veces después de muerta la pasión que la provocara.

Los hijos prolongan nuestra vida, haciendo el presente futuro. Quien por ellos no sea capaz de todos los sacrificios, no merece la honra de engendrarlos...

Recojo mis cuartillas, las coloco entre las páginas del libro y echo monte arriba por un sendero que lo escala en zig-zag.

El espacio está libre de nubes. Sólo á Occidente flotan unos jironcillos de niebla opalizados por el sol.

Es la primera visita que el sol me hace desde mi llegada á Los Rosales; pero paga el retardo con fastuosa prodigalidad.

Hostia de oro parece; en áureas partículas se desmenuza sobre la atmósfera. A su contacto, el aire se caldea y transmite á seres y cosas sus vitales alientos.

La Naturaleza se engalana y remoza para recibir á su fecundador.

Le brinda el cielo sus más espléndidos azules; el agua sus más ricos cambiantes; valles y montañas despliegan ante él la gama de sus verdes. Las aves le dedican sus trinos; las flores su perfume. Hojas y hierbas le saludan con amoroso balanceo. Los peñascos espejean su lumbre; las humanas parejas le envían desde los boscajes el rumor de sus besos. Hasta los solitarios, los tristes, los desterrados de la felicidad, sienten el influjo del sol. El fuego del astro se comunica á sus almas muertas y las obliga á revivir.

Queda el faro á mis pies, asomándose sobre las rocas, dando cara al mar. Una cerca interrumpe el sendero; la salto y continúo mi ascensión por entre zarzales y espinos. Allá en la altura, en la cúspide solitaria del monte, se descubren unos paredones cuarteados.

Son las ruinas de un edificio gótico, de una ermita edificada allí siglos, tal vez para que estuviera lo más cerca posible del cielo y las plegarias del creyente llegasen antes y con antes á Dios.

Apenas si de la ermita queda cosa apreciable en pie.

Frente á mí hay un muro boqueteado por un arco. Debía ser la puerta. Se atraviesa el arco y se da con el interior de la ruina. Tiene por bóveda el espacio.

La labor de los alarifes y artífices ha desaparecido casi por completo. Sólo allá, en un ángulo, sobrevive un grupo de esbeltas columnillas que amarillean bajo el sol. La hiedra arraiga entre los muros y teje á la carroña arquitectónica un sudario de encaje.

Lo que fué templo de Jesús es ahora campamento de golondrinas. De los sitios en que colgaban imágenes ascéticas cuelgan hoy las aves sus nidos. Al triste rezo de los fieles sustituye el piar alegre de los pájaros. Antes oficiaban allí religiosos, privados del amor dulcísimo de la hembra por el voto de castidad; al presente, las golondrinas se emparejan y construyen hogares...

Doy vuelta á los muros, y quedo absorto ante el espectáculo sublime que mis ojos contemplan.

El sol, próximo á su poniente, es disco de fundidos metales, redonda boca de horno guarnecida con llamas; parece que todo el horizonte se abrasa, que el universo entero va á arder, que el astro se deshace en chorros de lumbre y los vuelca contra la tierra.

Los Picos de Europa dominan la montaña con despótico señorío; sus redondas crestas relucen como yelmos; rojos penachos de estos yelmos son las nieblas que sobre ellos oscilan. Humean los valles en la lejanía; negrean en los montes los árboles, tal que si el incendio solar los volviese carbón; de las caserías brotan vahos purpúreos; en los prados adquieren las

puntas vegetales bermejeces de llama; las costañas rocas tienen reflejos de hulla, y el mar, el mar inmenso que se pierde en los límites del horizonte, ostenta entre sus verdes y sus rosas, entre sus azules y violetas, entre sus anaranjados y sus grises, anchas franjas color de sangre.

Trágico es el crepúsculo. Yo lo contemplo apoyándome contra los muros de la iglesia, que recoje en su fábrica agonizante la agonía del sol. Las golondrinas le despiden con melancólico piar.

La hostia de fuego resbala contra el espacio, lenta, majestuosa, repartiendo por la Naturaleza sus postremos besos. Toca en las aguas y tiembla al reflejarse en ellas. La mitad del disco entra en el Oceano, la otra cabecea, lucha, se resiste: parece un bajel de oro peleando contra el naufragio. De pronto salta sobre las olas; éstas se abren como una gigantesca mandíbula y se cierran de golpe. El astro ha desaparecido. Dos rayos de luz se agitan en el horizonte á manera de brazos temblorosos, implorando socorro. Es la convulsión última. Los rayos caen desmayadamente á lo largo del cielo, y se hunden en el mar. El sol acaba de morir.



En la playa
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ALGUNAS veces necesito recurrir al espejo para convencerme de que yo sigo siendo yo; vamos, el propio que vino á «Los Rosales» hace quince ó dieciséis días.

El mismo soy, claro; pero, aun después de mirarme al espejo, conservo unas miasmas de duda.

Mi piel se ha ennegrecido al rudo contacto de los vientos marinos y al asiduo trato con el sol. Las arrugas impresas en mi cara por las emociones de un prodigo vivir, van desapareciendo. A mi usual palidez substituyen saludables colores; mis ojos brillan, si no alegres, serenos, y mis labios sonríen, si no con placer, con dulzura. Otro hombre parezco por de fuera.

Por de dentro, todavía he cambiado más.

Dicen los médicos que los colores influyen por mucho en la curación de ciertas dolencias, y opinan que el más útil á la curación de la locura, es el color verde.

Por medio loco me he reputado siempre. De loco

son y fueron muchas acciones de mi vida. Como loco amé y creí y soñé, causando unas veces la ajena desgracia; otras, la propia. ¡A qué apasionados arrebatos, á qué terribles luchas, á qué injustas negaciones, á qué necias credulidades, me llevó el febril desequilibrio de mis nervios!... Torbellino hice de mi existencia; y dentro de ese torbellino giré, espoleado por ansias incumplibles, por esperanzas que nunca habían de ser realidad.

Ahora no es así. Esta plácida Naturaleza, este vivir tranquilo, esta montaña con su poético verdor, este mar con sus energías indomables, este cielo con sus azules palideces, esta calma de mi retiro, donde apenas llegan otros ecos que los de las olas al romperse contra las peñas y los del aire al suspirar entre las matas, ejercen de sedante en mi espíritu; son como una ducha moral; á un tiempo lo aplacan y lo fortalecen.

Mi conciencia se purifica, aclárase mi juicio; mis pasiones quedan, no extinguidas, domadas. Mis propios daños y dolores, hasta aquellos que otros me causaron, no en fieros odios, no en frenéticas rebeliones, en resignada amargura se traducen. Mi ser entero flota en un ambiente de bondad.

¿Obedecerá ello á la influencia del color verde que domina sobre los paisajes montañoses? ¿Tendrán razón los médicos declarando la contemplación de los

colores verdes remedio eficaz contra la locura? No sé. Lo cierto es que mi voluntad y mi corazón están mucho mejores: el uno late más igual; la otra anda más firme...

A las ocho, después de pasearnos dos horas, Cantábrico adentro, mi botero y yo, él revolviendo con sus remos las olas, y yo mi cerebro con mis pensares, desembarco en la playa.

Es una playa de finas arenas, salpicadas á trechos con ásperas y desiguales rocas. La marea la engrandece y la achica; el sol la esmalta; la montaña viene á morir desmayadamente contra ella.

Quien busque en las playas esas distracciones que consisten en lucir las mujeres, á más de sus formas, elegantes arreos de baño y los hombres vestimentas gomosas; quien acuda á ellas á ver y ser visto, á admirar y á que le admiren, no tomé billete para San Vicente de la Barquera. Haría un viaje inútil.

Aquí, la Naturaleza es el solo espectáculo. El espectáculo solo de la Naturaleza, con ser tan sublime, tiene pocos admiradores. Conoci á una señora que un día, durante el cual se helaron las cascadas en el Monasterio de Piedra, mandó preparar un carruaje y se fué á Madrid más que de prisa sin ver las cascadas, porque tenía frío.

De ahí, de que el solo espectáculo de la Naturaleza tiene pocos admiradores, resulta escaso el público en la playa de San Vicente.

Aislándose unos de otros, desperdigados aquí y allá, en este sitio ó en aquel, sobre la arena ó entre los peñotes, se ven grupos de cuatro, de ocho personas á lo sumo. Algunas parejas se pierden en los providenciales escondites que constituyen las rocas; no haya cuidado que esas parejas desperdicien el viaje; llevan un guía excelente: el amor. El sabrá conducirlos á la felicidad. Gócenla por los ocultos rincones de la playa, emborráchanse de ella. Tiempo de sobra tienen para contemplarla y llorarla perdida. Individuos solitarios van y vienen por la orilla del mar, dibujando en la arena rayas, nombres tal vez. La espuma de las olas borra esos nombres de la playa. ¡Con qué envidia mirarán la obra de las olas los que trazan esos nombres, sin poder borrarlos del corazón!...

Unas veces paseo, hojeando las páginas de un libro, mientras el Cantábrico monologa á mis pies; otras busco la sombra de una roca; me recuesto contra ésta y escribo renglones y renglones. En ellos fundo esperanzas, sueños de gloria. ¡Quién sabe si al cabo de unos meses sueños y esperanzas serán, como tantos otros de mi vida, un tristísimo desengaño!... Poco falta para saberlo. Entre tanto, lleno cuartillas. El trabajo es buen compañero: ennoblece y distrae.

Por muy embebido que ande en mis escritos y lecturas, viene á sacarme de ellos un risueño y tumultuoso vocerío.

Son los niños que forman la colonia veraniega establecida aquí por la Institución Libre de Enseñanza. Pasan de treinta; el mayor no llega á catorce años. Bajan corriendo por las faldas del monte, como una legión conquistadora. Los maestros les acompañan á título de guías, no de jefes.

Llegan los muchachos á la playa y se descalzan de pie y pierna, y corren persiguiéndose por entre las rocas, ó regateándose en las aguas. El viento y el sol han tostado sus rostros; sus músculos, fortalecidos por excursiones terrestres y marítimas, se burlan del cansancio; en sus ojos relampaguea la salud, en sus labios la risa, en sus acciones y palabras domina el instinto, sabiamente encauzado, de la libertad y la independencia.

Sus maestros les vigilan, pero con tan discreto modo, que ni les acobardan con ridículas prevenciones, ni les cohiben con extemporáneos repulgos. Si quieren escalar una peña la escalan; si se estrechan en fraternales luchas, se les deja estrecharse y rodar forcejeando por el suelo; si una ola les moja, ó si una caída les produce un chichón, no se da importancia al suceso. Destinados á ser hombres y á luchar con la vida, se les petrecha para serlo, se les apercibe á la lucha, haciéndoles valerosos y fuertes.

Jugando aprenden á no ser cobardes; jugando aprenden á estudiar; jugando se mata en ellos el or-

gullo, la indolencia, el odio, la envidia, y se les prepara para la fraternidad y para el amor.

¡Qué diferencia entre los niños educados así y aquellos otros á quienes sus padres hacen infelices de puro querer hacerlos venturosos! ¡Pobres niños estos!.. Yo los miro con pena grande. Los crían sin fortalecer sus cuerpos por temor á que se hagan daño, y sin fortalecer sus almas por no contradecirles. Con enviarles á la escuela, darles un par de azotes, asustarles con supersticiosos expedientes y comprarles juguetes, creen los padres de estos niños que los educan, Buenas simientes de hombres y de mujeres siembran; para el porvenir esos padres! ¡Son tan dignos de compasión como de lástima sus criaturas!

Los muchachos de la colonia veraniega componen, con sus profesores Rego, del Río y Mateo, mi tertulia en la playa. ¡Gozo tanto oyendo á los chicos y viéndolos jugar!... Me parece que esos infantes robustos, esos capullos de hombre, son heraldos angelicales de una humanidad nueva, en la cual la justicia y el bien y el amor serán unicos legisladores.

Y me parece también que sus maestros, quienes les consagran su inteligencia y su juventud, son más dignos de respeto y de admiración que la recua de personajes y prohombres que andan por palacios y ministerios luciendo bandas y títulos y grandes cruces.

Los niños han vestido el traje de baño. Dando

gritos, no de miedo, de satisfacción y placer, se dirigen al mar; el mar los acaricia, los envuelve mimosamente, con los encajes de su espuma; el gigante juega con la infancia y se deja zarandear por ella, mientras el sol meridiano se deshace en lluvia de oro sobre aquellas cándidas cabecitas, sobre aquel semillero de hombres...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Entre muertos
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

33326



A cuesta es áspera, desigual, empedrada con guijarros picudos. «Cuesta de rómpete el alma» la llaman los muchachos.

Por ella se va al pueblo muerto, al San Vicente que dejó de existir. Es pasearla presenciar un desfile de ruinas. Por cima de estas ruinas álzase la iglesia, como un símbolo. Parece colocada en tal sitio para decirles á los hombres: «Mi reinado pasó. Sólo sobre cosas y pueblos muertos me puedo erguir. Soy un muerto más. Espíritus muertos son también los que se empeñan en resucitarme.»

Y es poética la visión de estas ruinas pudriéndose bajo el cielo lluvioso. Los muros negrean, se arrugan como las pieles de los viejos; yedras y jaramagos se agarran á las desiguales juntas, formando penachos y guirnaldas de un verde funeral; la hierba crece entre los guijarros; el aire gime por los escombros; las nubes lagrimean contra ellos; ecos misteriosos vienen de todas partes á la vez. Aquella

desportada ventana descubre los artesones de una estancia señorial convertida en granero; esta rendija nos muestra un patio del siglo XVI; la otra, una gradería plateresca, que el musgo alfombró con esmeraldino tapiz; la inmediata, unas ojivas donde bordó primores el gótico florido. En el hueco de una corona, cimeadora de un escudo, anidan los plebeyos gorriones.

El pasear ruinas tiene grandes puntos de contacto con las excursiones que el hombre emprende á los interiores de su alma. También es ésta sepulcro, dentro del cual el pasado se pudre. Aquí, una ambición que nunca fué realidad; allí, una realidad que dejó de serlo; más lejos, la imagen de un vivo que es ya un muerto; más lejos aún, la de un muerto que no ha dejado de vivir; allá... ¡ruinas, ruinas también!... Sobre ellas crecen desengaños, tristezas, amarguras, formando melancólicas guirnaldas de dolor y de olvido...

Mi primera visita fué para el castillo, una fábrica del siglo IX; debió ser fortaleza temible cuando la construyó un Estrada, gran personaje de aquella época, enlazado á una hija del rey Don Alfonso III.

Todavía existe, próxima á San Vicente, la casa solariega de Estrada, ostentando este orgulloso mote:

Yo soy la casa de Estrada,
fundada en este peñasco;
más antigua que Velasco
y al rey no le debo nada.

¡Cómo reirían aquellos Estradas, los fundadores

del castillo, los escribidores del altanero mote, los que «nada debían al rey», si salieran de sus sepulcros y vieran á sus descendientes por clase, á los nobles modernos, desempeñar en las antecámaras palaciegas oficios lacayunos y disputarse como gloria el honor de llevar á sus reyes el impermeable ó la sombrilla!...

A hueco suenan mis pasos en las cámaras derruidas; ni á hablar alto me atrevo por temor de que las medio rotas bóvedas se me vengan encima. En los patios vivaquean mesnadas de lagartos; en las cuadras celebran corte los murciélagos; insectos voladores recorren zumbando las almenas; en la torre del homenaje una culebra de ojos vivos y sanguinarios, me recibe irguiéndose sobre la cola y describiendo con su cuerpo una curva, ignoro si amenazadora ó cortés. Pronto se oculta bajo las altas yerbas. Me asomo á las murallas para ver la ría. En la ría, frente al Castillo, ancló la escuadra de Bonifa cuando fué á conquistar Sevilla para el rey Fernando III.

Al presente, ni tenemos reinos que conquistar ni escuadras propias que recibir en puerto alguno. Sabe-dora de ello la autoridad marítima de esta aldea, entretiene sus ocios pescando salmonetes desde una barquilla minúscula.

Salgo del castillo y parto en dos una muralla de chicuelos que me contemplan con asombro. Por la rudeza de su planta y por su descuido en el aseo no des-

entonan del conjunto; llevan más churretes en la cara que ropa en el cuerpo. Buenas viviendas son para ellos y para sus padres los restos de edificios, construídos en los siglos XII y XIII, que se bambolean á un lado y otro de la vía.

Mis ojos paran frente á un escudo puesto en la fachada de otras ruinas. Tiene la fachada dos estilos; el más antiguo, perteneciente á la primitiva fundación, es de fines del siglo XIII ó de principios del XIV; el otro, soberana muestra del más puro renacimiento.

El escudo lleva este mote: «Adelante, por más valer, los del Corro.» Estoy frente á la casa de quien fué inquisidor apostólico de Sevilla por los Reyes Católicos, del licenciado Antonio del Corro, canónigo, varón insigne y otra porción de buenas cosas, si hemos de creer á lo que reza el epitafio.

Allá el epitafio con sus alabanzas, y con sus acciones el licenciado Corro. Lo que si parece indudable es que el licenciado debió ser hombre listo, puesto que le hicieron inquisidor jefe de Sevilla á los treinta y dos años; y debió de ser también un guapo mozo, si su imagen real correspondía á la magnífica escultura que da remate á su sepulcro.

Es un prodigio de arte la escultura del licenciado Corro. ¿Quién la hizo? Se ignora. El nombre del autor no llegó á nosotros. Sea quien fuere, era un gran artista italiano del siglo XVI.

En la capilla de los Corro, junto al sepulcro de sus progenitores, álzase el del inquisidor. Una luz suave é indecisa envuelve como entre gasas la medio tendida imagen del noble sacerdote.

No de piedra, de finísima pluma son los almohadones, en que el cuerpo, ceñido por talar ropaje, descansa. Maravillas hizo el cincel modelando los pliegues de la túnica, bajo los cuales se acentúa el varonil dibujo del cuerpo. Incorpórase el busto á medias sobre el codo; la cabeza se apoya con melancolía en una mano, por cuyas venas se ve circular fuerte y libre la sangre; los labios se pliegan entre dulces y desdeñosos; los ojos caen sobre un libro abierto. No lee; parece meditar. ¿A propósito de lo que leyó? Por muy hondas meditaciones que inspire la lectura de un libro, es más honda meditación la que se descubre en los ojos de Corro. No es un momento, es una existencia la que resume entre los párpados caídos aquella mirada. El otro brazo de la estatua desmaya cerca del infolio.

Corro murió viejo. El artista no escoge la edad de su muerte para inmortalizarle. Le representa en pleno vigor, á los cuarenta años, cuando aun se agitan con toda su fuerza las pasiones, pero cuando ya se tienen experiencia y energía bastantes para dominarlas, para que nos lleven, si es preciso, á la muerte, nunca á la vergüenza y á la humillación.

En ese momento de la vida nos ofrece á Corro el

escultor. No sé quién ha dicho que es imposible expresar la serenidad y el reposo mejor que la estatua del canónigo sevillano.

¿Serenidad? ¿Reposo?... ¿Serenidad? No la hay en aquella frente espaciosa, algo abovedada, sobre la cual se crispan arrugas que denotan las internas luchas del cerebro. ¿Reposo? No lo hay tampoco en aquellos ojos, más abstraídos que serenos; las aguileñas narices dilatan sus fosas como si aspirasen, no en la realidad, en el recuerdo, el olor más grato á su dueño; el olor querido, ese incienso, esa alma material que distingue uno de otro á cada fruto, á cada flor, á cada ser; los labios se fruncen; ¿sonríen?, ¿se contraen á impulsos de la alegría, ó de la pena? Difícil es saberlo. Pero, no existen la serenidad y el reposo en el semblante de Corro, redondeado por una barba terca que breve hoyuelo parte en dos.

Hay en el semblante de Corro palideces sombrías, palpitations casi imperceptibles que no hablan de reposos y de serenidades. Dijérase más bien que el inquisidor, sorprendido en su lectura por alguna memoria del pasado, por el memorial entero de su vida tal vez, ha hecho un viaje hacia adentro y refleja en su rostro la desengañada amargura, el frío escepticismo con que se vuelve á los cuarenta años de estos viajes.

Media hora estuve frente por frente á la estatua de Corro. ¡Quién sabe si en aquellos treinta minutos

hice también un viaje por los interiores de mi alma! De apoyarme contra el sepulcro metióseme en el corazón su frialdad; apenas tuve ojos para la iglesia, en cuya arquitectura pelea triunfalmente el románico con los tres góticos reunidos; apenas si me fijé en la Virgen del siglo xv que embellece el altar mayor, y en otras curiosidades que la adornan.

Una luz cenicienta caía de las altas bóvedas, luego de cernerla el vidriaje en los rosetones. En aquella semisombra ví destacarse un bulto de mujer.

Envolvía su cuerpo amplio manto negro caído sobre una falda del mismo color. Era joven; en sus ojos brillaban las entonaciones de esta montaña y de este mar; sus cabellos eran bronceados; sus manos blancas y carnosas, se cruzaban en su seno arrogante; de sus labios rojos, escapábanse largos suspiros.

Me pareció reconocerla. ¿Dónde, cuándo, en qué ocasión había yo visto á una mujer así, con el mismo traje, en la misma actitud dolorosa?... Pero, ¿la veía ahora en realidad?... Cuando abrí los ojos, cerrados un minuto para recoger el pensamiento, la enlutadano estaba en la iglesia.

Atravesé el pórtico románico. No ví á nadie tampoco. ¿Fué criatura de carne y hueso?... ¿Fué fantasma?... ¿Fué evocación?...

¿Fantasma? ¿Evocación? ¡Quién sabe! Donde reina la muerte, son lógicas las apariciones.



UANL

Mi barquero y yo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1825 MONTERREY, MEXICO



ODAS las mañanas, antes de las seis, me despierta un silbido. Lanza este silbido Manolo que me dice con él: «Arriba, perezoso; estoy esperando».

Manolo es mi barquero, un chicozito moreno, apacible y poco hablador. Tiene veinte años y desde hace diez vive del mar.

Diariamente, en punto de las cinco y media, atra-ca al embarcadero de la Cruz; llego yo á poco rato, empuñamos cada uno un remo y ¡halal ría adelante, á cruzar la barra, á meternos en el Cantábrico, que recibe con estremecimientos voluptuosos las primeras caricias del sol.

En las dos horas que duran nuestras marítimas excursiones, mi barquero y yo conversamos poco, casi nada. El rema con acompasado vaivén de máquina; yo remo y pienso, todo junto. Cuando se tiene mucho horizonte ante los ojos, el pensar sube muy alto y va muy lejos.

¿Dónde va el mío? ¡Qué sé yo!... A veces traspone las montañas; á veces quiere boquetear el sitio donde mar y cielo se confunden. Otras va aún más terco y más hondo: á los interiores de mi alma, á revolver memorias, á evocar fantasmas de cosas y personas que fueron, y ya, muertas ó vivas, sólo en el recuerdo pueden volver á ser.

Momentos hay en que, revolviendo tales memorias ó evocando tales fantasmas, se humedecen mis ojos. Manolo me mira; yo achaco á salpicaduras de una ola la humedad que se advierte en mis párpados; Manolo sonrío; le ofrezco un cigarro, enciendo otro; se deshace el humo sobre la atmósfera en azulosas espirales, y mi barquero y yo seguimos bogando silenciosamente, mientras la barca se desliza por entre las aguas con melancólico crujir.

Si me entran ganas, pesco. Es más entretenido de lo que se cree, pescar. El caer del aparejo en las profundidades del Océano, el rozar del plomo sobre plantas y rocas, el levantar el bramante y sostenerlo firme para sentir la mordedura de los peces, constituyen una serie de emociocillas placenteras. Estas emociones se acentúan y proporcionan una emoción casi, casi formal, cuando el pez se engancha en el anzuelo y sacude la cuerda y sube defendiéndose y forcejeando á las manos del pescador.

Muchas veces la pesca está á flor de agua; sólo fal-

ta un tirón para esclavizarla definitivamente... ¡Ay del pescador si en este decisivo trance es torpe y no mueve el aparejo bien! Escápase el pez y torna á sumergirse herido, pero libre, en las profundidades oceánicas.

Transmito este aviso á las mujeres por ser en ellas instintiva la afición á la pesca. ¡Mucho cuidado con el aparejo, señoras! A cada pez se le coge de un modo; el que más seguro parece, se escapa cuando está próximo á la borda, no por habilidad suya, por torpeza de quien lo aprisionó. A esos peces, á los que se escapan heridos del anzuelo, no se les vuelve á cojer nunca. Así lo afirman Manolo y otras eminencias del ramo.

Esta mañana, contra costumbre, hemos hablado media hora seguida mi barquero y yo.

El cielo estaba cubierto de nubes; rafagazos de aire venían del Oeste, agitando la superficie del mar y coronándola de espuma; era estruendoso el batir del oleaje contra los peñascos; los cuervos marinos volaban al ras de las aguas con las negras alas tendidas.

—Mal tiempo, ¿eh?—digo yo, encarándome con Manolo.

—No es muy bueno—responde.—Tendremos que apretar los puños si quiere usted pasar la barra.

—Los apretaremos—contesto.—Así como así, hay

días en que la quietud y la calma son los enemigos más temibles. Días en los cuales el hombre necesita pelear con algo ó con alguien, distraer con luchas exteriores las interiores luchas y emplear los rudos esfuerzos musculares como receta contra las calenturas del espíritu. Hoy es uno de tales días para mí. Aprieta firme, y adelante.

Manolo abre de par en par la boca; no me comprende—feliz él—; afianza las piernas, echa adelante el busto, hunde el remo en la espumosa corriente de la ría, y hacemos rumbo hacia la barra.

La baja mar descubre con franqueza asesina las desiguales rocas que defienden el paso. Parecen ellas, entre las verdosas transparencias del mar, almenaje de una fortaleza herculiana, donde las olas, revolviéndose con furor, ofician de combatidores; torreones de esta fortaleza son dos enormes peñascos que sobre las aguas se yerguen; apenas si queda libre á los barcos un espacio de quince metros para refugiarse en la bahía. El resto de la barra es murallón de rocas vivas ó de arenas amontonadas y petrificadas por los arrastres del Océano y por la incuria de los hombres.

Las olas descienden desde el fondo del horizonte describiendo líquidas curvas, que más se abultan y se acrecen á medida que se aproximan á la barra. Fuera ésta profunda, y por ella entraran sin quebranto; pero la fortaleza construída con arena y con rocas, el

trágico murallón, lo impide. Las olas rompen contra él y sobre él saltan, y hasta el lomo de las dos grandes peñas trepan, y allí muerden con rabioso espumeo hasta que la peña las despide, y caen otra vez en el mar amenazadoras y rugientes.

El agua hierve al bárbaro trajín de esta lucha; en fieras convulsiones se tuerce; en tremendos remolinos se agita; y de todo ello, de las rocas medio sumergidas, de los peñascos flotadores, del oleaje roto, de las aguas burbujeantes y de la espuma que se arremolina y se encrespa, parece salir una voz sola; voz que grita al hombre, al pescador, al marinero que regresa del mar con el pan de sus hijos trabajosamente ganado: «¡Por aquí no se pasa!»

Y no se pasa. Cuando arrecia la tempestad y las pescadoras lanchas quieren ponerse al abrigo del puerto, no se pasa. Olas y arenas y peñascos lo evitan.

No es, durante las noches tempestuosas, el faro, alumbrando la barra, luz de esperanza para el infeliz marinero; funeral antorcha es: no son en la tempestad, durante el día, los peñascos que dominan la barra, pórtico que conduce á la salvación; son puerta que abre la del sepulcro. Los marineros de esta aldea, cuando en horas de borrasca van empujados hacia la barra y descubren detrás de ella sus humildes hogares, no tienden hacia ellos los brazos para dirigirles un alegre saludo: los tienden para darles su último adiós.

¡Ah, la barra, la maldita barra ha devorado por docenas las embarcaciones y los hombres! No hace falta ir muy lejos. Desde 1899 á 1906 se perdieron allí diez lanchas y cuarenta y dos tripulantes. Se perdió algo más; se perdió el bienestar de este pueblecillo, que sólo con la pesca vive; de estos marineros, que, si se pone malo el tiempo, no pueden salir de la ría so pena de encontrar la muerte.

Horas de luto y horas de hambre es lo que ofrece la barra á este pueblecillo, en verano risueño y artístico para el viajero que lo pasea, en invierno miserable y mortal para el pescador que lo habita.

Y todo porque el Gobierno no quiere gastar quince ó veinte mil duros en la limpieza de la barra; todo, porque el expediente incoado para realizarlo duerme en el ministerio eterno sueño expediental; todo porque diputados y ministros dejan siempre «para más adelante» una obra que libraría de la muerte á un centenar de hombres y de la miseria á una población.

¡Bah, los hombres! ¿Qué importan cuarenta ó cincuenta pescadores ahogados, á diputados y ministros? Ahogados y todo, seguirán figurando en el censo. La barra no es interventor.

Así ha venido ocurriendo en San Vicente; así ocurre aún; y pasará Agosto sin que la barra quede libre, ¡y otro año de ruina y de luto ofreceráse como único porvenir á los marineros de esta aldea!...

Tales cosas pienso, mientras yo y mi barquero bregamos con las olas, y la lancha salta sobre ellas como una cáscara de nuez. Tales cosas pienso, mientras la sencilla habla de Manolo evoca la imagen terrible del 12 de Mayo de 1906, día en que frente á la barra naufragaron dos lanchas y tres barquías con 48 tripulantes, sin que fuera posible prestarles auxilio; sin que pudierahacerse más que ver cómo se ahogaban los hombres uno á uno, entre voces de angustia y desesperadas convulsiones.

Horrible espectáculo que el pueblo entero presenció, desde las peñas que amurallan la costa.

¡Horrible espectáculo! Hombres y mujeres tendían sus brazos al Océano; ellos rugían amenazando á la borrasca con los puños; ellas, con los cabellos esparcidos, los ojos llorosos, el grito en la boca, las angustias todas en el alma, llamaban al padre, al hermano, al marido, al amante, de cuyos besos conservaban aún el tibio calor sobre la piel; y los otros, los marineros, los pescadores, allá, sobre las aguas encrespadas, agitábanse implorando socorro, retorciéndose con espanto. Luego se hundían en la abertura negra, dibujada por un golpe de mar, ó se estrellaban contra las rocas, como pingajos de carne que el viento se encargaría de barrer...

Cuando llegué á casa, mis criadas regateaban su mercancía á una pescadora.



El balcón de la parra

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Es Alonso Velarde un demócrata montañés, un hombre que mira francamente hacia el porvenir. Como republicano debió representar á Santander en estas Cortes, antes sacristanizadas que nacidas; como pensador, ni se asusta de ningún ideal progresivo ni de sus consecuencias; como compañero, resulta inmejorable por la clareza de su intelecto, por la lealtad de su corazón y por la cortesía de su trato.

Simpatizamos á las pocas horas de conocernos; nuestra simpatía hizo camino á la amistad. Con él distraigo aquellas horas en que, abandonando mi retiro, doy á mis faenas reposo y tregua á mis solitarios pensamientos.

—He dispuesto una expedición á Torrelavega y Comillas, y he contado con usted sin contárselo—me dijo hace pocos días Velarde.—¿Está pronto?

—¿Por qué no? Sabe usted que mi voluntad anda libre y que ella sólo me sujeta aquí—costesté.—A su gusto. ¿Cuándo es el viaje?

—Dentro de dos horas. En el primer tren.

Dicho y hecho; en el primer tren embaulamos nuestras personas.

La hora larga que hay entre San Vicente y Torrelavega fué para nosotros silenciosa. Comprendiendo, con su discreción habitual, que yo estaba más para el monólogo que para el diálogo, Velarde abrió un libro y se puso á leer. Yo fumaba, siguiendo las espirales que describía el humo en los espacios del vagón. Siguiéndolas, pararon mis ojos en mi maleta de viajero.

La miré con indiferencia absoluta, claro está, ¿cómo iba á mirarla? No merecía más el saquillo de piel guardador de una bolsa de aseo y unas cuantas prendas de ropa. Pero seguí mirándola, y de minuto en minuto la pícara maleta fué apoderándose de mí; y llegó un instante en que su gamuzá pareció temblar y sus acerados pasadores correrse y su boca entreabrirse, no para mostrar prendas de vestir, para evocar memorias, para refrescar con las crónicas de sus ambulancias algunos pasajes de mi vida.

«¿Te acuerdas—me decía, balanceándose irónicamente á cada traqueteo del coche—te acuerdas de los viajes que hemos hecho juntos yo y tú?»

«¡Qué alegre fué mi compra! El dinero retozaba en tus bolsillos, la risa en tus labios, el placer en tus nervios. ¡Con qué satisfacción me exhibiste!... ¡Cuántos proyectos de venturosas excursiones se hicieron

ante mis argentinos cierres, y mi lustroso correaje y mi recién desflorado fondo!... Antes me llenaron de planes y esperanzas que atavíos. Luego...

»Mira. ¿No te parece que aún se empañan mis cerradores al suave contacto de la mano que por vez primera los jugara?... Todavía conservo entre los poros de mi piel dejos del perfume que aspiraste en hermoso tarro de carne. Queda el perfume, nada más que el perfume. El perfume es como el recuerdo, lo último que se va.

»Aquí, en mi interior, metiste una vez, casi á puñetazos, tal era tu impaciencia, lo preciso para una excursión breve donde te jugabas la dicha. ¡Cómo temblaban tus dedos al bajarme del cochel ¡Con qué vanidoso apresuramiento pusiste mano en el estuche para galanearte, tonto más que tonto!... Aquí, otra vez, cayeron mezcladas vestimentas de mujer y de hombre que, al cerrarme yo, se confundieron, se estrecharon, se estrujaron como si no hubiesen dejado de ceñir los cuerpos de sus dueños. No una vez, ciento, me hicieron ó me deshicieron manos trémulas, ó por el dolor de verte partir, ó por la ventura de mirarte llegar...

»Fíjate bien. En esta cartera has guardado retratos, epístolas. Escribiéronlas y dedicáronlos varones y hembras muy queridos por tí. ¡Qué de seguridades amistosas, qué de amorosos juramentos se garrapatearon en tales retratos y cartas! ¿Qué fué de amigos y

adoradas? Lo que de su amistad y su amor. Busca, busca en tu alma, y hallarás en ella lo que en la cartera: algunas rozaduras semejantes á heridas entreabiertas. No otra cosa hallarás. Miento. Dentro de la cartera llevas ahora unas fotografías. Son imágenes infantiles, retratos de niño, algo inocente y bello á un tiempo. Esas imágenes no harán en mi piel rozaduras. Para tu alma no son heridas, son bálsamo. Cógelas y bésalas...

»¿Por qué desvías tus ojos de mí? Sigue fijándolos en mi interior, á este lado, al de mi derecha. ¿Te has olvidado ya? Ahí enfardaste un montón de cuartillas. Sobre ellas se hizo realidad aquel drama que te aplaudieron.

»Soñaste escribirlo en deleitosa compañía, junto á un ser que se asomara por encima de tu hombro, para deletrear sus párrafos conforme fueran saliendo de tu pluma; junto á alguien que te alentase durante la faena con el mirar acariciador de sus ojos, con ese admirativo silencio que, cuando viene de la mujer amada, es fuente de inspiración para el artista. Soñaste hacerlo así, junto á un cuerpo y un alma tuyos, enteramente tuyos, todos recogimiento durante la labor, todos caricias durante el descanso.

»Caprichos y veleidades del azar—perdone el azar que celestínee con él—lo dispusieron de otro modo. Escribiste solo tu drama. ¿Quién sabe si aquel aleja-

miento ha preparado otros? ¡Vienen de tan lejos las olas que estrellan contra el rocaje una embarcación!...»

—¡Torrelavega! ¡Cinco minutos!—gritó una voz fuerte y monótona.

—Ya hemos llegado—dijo Alonso Velarde cerrando el libro que leía y poniéndose en pie.

Cogí las abrazaderas del maletín nerviosamente, ferozmente, como si cogiera por la garganta á un enemigo. ¡Qué hora de suplicio me dió! Sin pensar lo que hacía, apreté con la mano mi cuchillo de viaje. Sentía impulsos de apuñalar la finísima piel.

¿No es punto de risa este vibrar todo entero del ser á la sola contemplación de un objeto insignificante? Y, sin embargo, ¡qué lógicas, qué inevitables son tales vibraciones para quienes sienten de veras! Una piel ceñida sobre el cuello, un pañuelillo, unas iniciales... la cosa más ruin, más trivial, pueden revivir, reviven todo un mundo.

.....
¡Deja que te evoque, poético balcón del comedor de los Velardes, encortinado por una parra cuyos espesos pámpanos adornan como caireles de esmeralda los racimos á medio madurar!... Tú fuiste la más placentera, la más grata, la más artística impresión que recibí en el viaje. Vivo permaneces en mi recuerdo, con tus hierros curvos, con tu alta techumbre, con tus

maderas entreabiertas, ante las cuales se detenía el sol meridiano cernido por las verdes hojas del parral.

Recostado contra tus hierros, recibiendo los beneficios de tu sombra, aspirando el perfume agrio de tus racimos, he visto un cuadro más hermoso cien veces que el que exhibe Torrelavega en su catedral, atribuyéndolo á Alonso Cano.

¡Y cuidado si es bello el Cristo! Débase ó no al pincel de Cano, la imagen resulta maravilla por la anatomía cruel de su dibujo, por la bravura de su colorido, por la expresión de bondad y angustia que se transparenta en el rostro del agonizante. No es un Dios, un hombre es quien muere sobre aquellos maderos; por eso, porque es un hombre y no es un Dios, atrae y compadece más.

Pero así y todo, el cuadro atribuido á Alonso Cano representa la muerte, la negación del amor y la dicha humana en la tierra; y el cuadro, desde el balcón de la parra contemplado por mí, representa la vida, la afirmación de la ventura y el amor humano en el mundo.

Era un cuadro patriarcal. Los padres, en la cabecera de la mesa, calentaban la nieve de sus canas con la risa juvenil de sus bocas; á continuación de los padres, los hijos, los nueve hijos, sanos, fuertes, sencillos. Ellas, hermosas, con la espléndida hermosura

montañesa, personalizada en sus cuerpos altos y firmes, en sus cutis hechos con nieve y rosa, en sus cabelleras profusas, en sus pupilas verdes, que se matizaron con los tonos de la montaña y del Cántabrico. Ellos, robustos, afectuosos, francos de trato y de mirares; y todos, ellos y ellas, respirando, viviendo por obra de sus padres, un ambiente libre y sincero, falto de hueco para gazmoñerías y falsedades, para fanatismos y ridículas convenciones.

Junto á la mesa que yo contemplaba desde las cortinas del parral, no estaba la familia corriente en los pueblos y, por desgracia, en las capitales españolas: familia inútil para el progreso de la raza; allí se podía pensar franco, hablar claro, discurrir de todo y sobre todo, seguro de ser entendido por todos, sin que pensares y opiniones y discursos tuvieran otros límites que los impuestos por el respeto y la discreción.

Aquel grupo de hombres y mujeres representaba un porvenir, una esperanza de redención para esta patria nuestra cuando se desperdigaran y contituyesen nuevas familias; ellas y ellos estaban educados para esos nobles fines, para esa misión regeneradora.

No sería la hermosura de ellas atractivo único para los hombres que las escogiesen por compañeras. No serían ellas sólo hembras de sus hombres; serían

mujeres prontas á seguirles en todos los azares y en las luchas todas del vivir; como ellos serían algo superior á los conquistadores del mendrugo y del oro, á los que llevan el pensamiento en el bolsillo y el corazón en el estómago.

¡Qué á gusto respiraban mis pulmones espirituales en el risueño comedor! Perfumes de campo me traían los frutos y hojas de la parra; perfumes de belleza, las muchachas; alientos del futuro, los jóvenes; ráfagas de bondad, y resplandores de energía, la afaible sonrisa, el mirar franco de los padres.

—¡Ay, pensaba yo—quién consiguiera en lo porvenir juntar en torno de su mesa una compañera así, unos hijos así, para llegar á la vejez satisfecho de ellos y de ella, para aguardar la muerte rodeado por ellos con la sonrisa en la boca y la paz en el alma...

Fueron gratas horas las que disfruté próximo al balcón de la parra, refiriendo mis excursiones.

Por aquel comedor desfiló Torrelavega, pueblo alegre, limpio, del que harían gustosamente muchas provincias capital; pueblo de campiña seductora y de mujerío más seductor que la campiña; pasó la risueña playa de Suances, con sus hoteles y sus finas arenas y su mar bravío y sus peñascales airosos; pasó Barrera, con sus riberas virgilianas, entre cuyas sombras gocé con amigos nuevos y con un viejo amigo, allí por casualidad encontrado una espléndida tarde.

Pasaron todos estos parajes como nota de alegría y de placidez; y pasó también, como nota sombría y fúnebre, Comillas, el feudo de los López, la ciudad jesuítica y muerta, aplastada por un seminario y dominada por la estatua del primer marqués.

No sé por qué, entre las brumas tendidas sobre el mar, frente á cuyas olas se alza la imagen encarnadora del poderío y la riqueza de esos López, vi alzarse otra imagen, la de un gran poeta y un gran martir: Mosén Jacinto Verdaguer.

Todo fué pasando en relato por el comedor de la parra; de todo traigo alguna memoria. Pero la memoria más pura, la que más permanecerá en mi alma, es la última que recibieron mis ojos: el balcón de la parra, iluminado por la luna, poetizado por racimos y pámpanos y embellecido por las cuatro muchachas que asomaban entre las hojas como cuatro humanos capullos de amor.



UANL **Santillana**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



ANTILLANA es una ciudad fósil; una evocación del pasado que se aboceta bajo un cielo casi siempre gris. Nada habla en ella de la vida. Hasta sus pobladores, atravesando las calles con las cabezas bajas, el andar cauteloso y los brazos faltos de acción, parecen espectros.

La hierba crece en el suelo, empedrado con guijarros puntiagudos; las puertas nunca se abren de par en par, se entreabren sin ruido; los edificios tienen el amarillento color de la vejez; el aire gime entre las grietas de los muros ó va y viene por el espacio, lento, quejumbroso, como un suspiro de agonía. De la tierra brotan húmedos vahos; del cielo cae una gran tristeza. Para llorar desengaños y vivir muerto, es villa única Santillana.

A su entrada os tropezáis con un convento de añeja arquitectura; sus celosías están pintarrajeadas de bermellón; sólo tinieblas se descubren por entre aquellas celosías. Si entráis en la Iglesia, llena de tinie-

blas también, suelen llegar hasta vosotros rezos, versículos latinos, salmodiados por femeninas voces que ganguean. Si alzáis los ojos hacia el coro, donde sueñan tales voces, faltas de expresión y armonía, veis unos bultos negros. Son mujeres, pobres mujeres, criaturas inútiles que pasan sobre la tierra sin sentir el amor del hombre y los goces de la maternidad.

Al mirarlas quietas, encogidas, difuminadas entre las sombras heladoras del coro, siente uno impulsos de forzar la puerta que al coro conduce y trepar los empinados escalones y llegar á las infelices monjas y rasgar sus velos y gritarles:

«Mujeres: La Naturaleza no os hizo para rezar, buscando las dichas celestiales. Os hizo para vivir la vida, para gozarla y hacérsela gozar á los otros. No creáis que vuestros deberes están en ese claustro, donde las virginidades se enrejan y la existencia terrenal se maldice. En el mundo están vuestros deberes, junto á los padres viejos, á quienes robáis cariño y amparo; junto al esposo, cuyas esperanzas fortalecería vuestro amor; junto al hijo, cuya carne débil amamantarían vuestros pechos. No; no vinísteis al mundo para ser vírgenes; para ser compañeras y madres de hombres os construyó la Naturaleza. Obedecedla. Volved á la vida. Limpiad vuestra alma de fanatismos, de roña vuestro cuerpo y pagad á la Naturaleza el tributo que os corresponde.»

¡Hablarles así!... ¿Para qué? Semejantes palabras sonaran á blasfemia en aquellos espíritus, más entenebrecidos que el claustro donde se cobijan. Las voces que ganguean, faltas de expresión y dulzura, acusan corazones muertos y conciencias anquilosadas. Es necia faena revivir cadáveres y desentumecer paralíticos.

Resulta el convento prólogo adecuado á Santillana. La población entera, por su ambiente, por sus edificios, por la configuración de sus calles y por el vivir de sus habitantes, es imagen cabal de aquellos tiempos durante los cuales fué el convento rey y señor de conciencias y bienes. Hasta la luz que baja del cielo tiene claustrales palideces.

Hermosa muestra del estilo románico es la colegiata de triple ábside, construída en el siglo xi; hermoso es el claustro, de igual, aunque posterior, arquitectura, cuando el románico había llegado á su apogeo y desbordaba en esculpídos capiteles, en ricos historiales de leyendas y de pasajes, donde se confundían lo mitológico y lo bíblico con artística confusión y con arrogante desenfado. Hermoso es, y no una hora que estuve en él, cien fueran precisas, al justo examen de todas las bellezas que guarda.

Son deliciosos los pasajes y leyendas simulados en los capiteles de claustro y templo. Todas las sensualidades, todos los carnales delirios se dibujan en aquellas figuras y escenas. Cuando se negaban la pasión y el

deleite en la tierra, cuando se proclamaba por la Iglesia el triunfo de la muerte y de la esterilidad en el mundo, los artistas protestaron con sus cinceles de tan estúpida doctrina, y afirmaron bravamente el derecho á engendrar, á amar y á vivir en los monumentos que se edificaban para negarlo.

Por cierto que, á título moral, los clérigos encargados de custodiar la colegiata han cubierto con yeso muchos de los tales pasajes y figuras. Bien es verdad que en la restauración del claustro, terminada y consagrada con su presencia por el entonces ministro, doctor Cortezo, se han cometido infamias artísticas, y váyase lo uno por lo otro en obsequio del buen gusto y de la pudibundez oficiales.

Hermoso es el claustro de la colegiata; hermosa la iglesia y notable el retablo del altar mayor, hecho con tablas del gusto flamenco, divididas por repisas y crestas del gótico florido; pero con ser ellos muy hermosos, no fueron quienes más tiempo me robaron y más ocupaciones dieron á mi pensar en la visita á Santillana.

Fué Santillana entera, el espectáculo total, completo, de aquella población. Fueron sus calles silenciosas, encuestadas, estrechas, de las que la hierba es tapiz y el silencio dios; fueron sus edificios amarillentos, sobre cuyas puertas se alzan nobiliarios escudos; fueron sus portones claveteados, sus anchos aleros que

adelantan para proteger balcones y rejas de la lluvia; fué aquel aspecto de antigüedad, de miseria y de ruina, que la villa ofrece á las miradas del viajero. Ellos me hicieron vivir durante algunas horas la trisísima vida de los siglos xvii y xviii.

A un extremo y á otro de la ciudad, la colegiata y el convento, aprisionándola, amarrándola por sus dos puntas al señorío del monjil y de la cogulla. A cada paso una iglesia, un oratorio ó una hornacina con su farolillo y su imagen, invocando al recogimiento, al hacer de la conciencia una oración y de la vida un humilladero. En todas partes, heráldicos timbres ó sacerdotales insignias; por todo comercio, figones; por todo vehículo, carromatos; las mujeres, escondiéndose al paso de los hombres, sin perjuicio de asomarse después para verlos, ó de ir á buscarlos entre las sombras de la noche; los ricos, paseándose bajo los soportales; los pobres, matándose los piojos al sol; parejas de frailes recorriendo la vía entre los saludos de los fieles. Sólo me faltaron una procesión y un auto de fe para que la imagen del siglo xvii resultase completa. ¡Qué triste quietud! ¡Qué siniestra desolación!... Los pájaros mismos cruzaban el aire sin cantar.

Todo parecía allí muerto; todo lo hubiese estado si una muchacha, asomándose por entre un balconcillo enrejado con flores, no hubiese puesto los ojos en mí, enviándome una sonrisa.

Era muy bonita; de ojos negros, de cabellera entonada en azul, de bermejos labios y blanquísima dentadura. Con su mirar parecía decirme: «Aquí me tienes á mí, que soy juventud y alegría y amor, prisionera en este sepulcro, rodeada de flores, como las doncellas muertas; y muerta estoy; que no será vida la que disfrute mi alma cuando se abra al amor entre los brazos de un patán ó de un rico de aldea.» La sonrisa que me dirigió fué muy triste, como un saludo doloroso, como un adiós á algo que pasaba, para no volver más, por delante de la encantadora cautiva. Duró segundos la visión; la gentil muchacha desapareció entre sus flores, y la ciudad muerta volvió á apoderarse de mí, con sus calles tortuosas y sus edificios blasonados y sus conventos dominadores y su triste quietud.

Así, y en poblaciones semejantes á Santillana, vivía la España leprosa y fanática del siglo xvii; así, entre conventos y casas blasonadas, entre hidalgos que se paseaban á la sombra y mendigos que se despiojaban al sol, fué á su ruina esta España nuestra.

Así fué; y yo, contemplando en Santillana el retrato de aquella España imbecil y ruinoso, sentía, no ansias artísticas de admirarla y cantarla por sus hermosos monumentos: ansias de maldecirla, para maldecir en ella aquellas épocas que hoy espíritus imbeciles se empeñan en resucitar.

Eso, un mosaico de Santillanas volvería á ser

nuestra patria, si los preconizadores de aquellos tiempos y de aquellas doctrinas lograran imponerse y triunfar. Y eso será á poco que nos descuidemos; que si no en el aspecto, en el fondo, son ya Santillanas muchas ciudades españolas; y si no edificios artísticos como la histórica colegiata, conventos hay en todas partes; y á que hayan más y dominen más y se ensañen más de conciencias y de bolsillos, tienden los propósitos y se encaminan las intenciones de quien por influencia propia y por ajenas debilidades, todo lo rige y mangonea.

A eso se quiere ir, á eso iremos, á resucitar nacionalmente el cadáver de Santillana; y tal van poniéndose las cosas, y tales cosas se hacen, que lógicamente y obedeciendo la santa ley de los afines, la corte de España debería estar en Santillana y no en Madrid.



UANL

El Cueble

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D.



ROCAS enormes se han precipitado al Cantábrico desde lo alto de la montaña. Obra tozuda fué del mar aquel derrumbramiento. Por espacio de siglos estuvo socavando segundo á segundo, ola tras ola, las raíces del acantilado. Este resistió con bravura. Dignos uno de otro eran y son los peleadores. Miles y miles de olas se deshicieron sin quebrantarlo contra el soberbio murallón. Un día, una noche, ¿quién sabe hora y tiempo?, el acantilado tembló; de abajo á arriba sacudiéronle trágicas convulsiones; al rugir del Océano se impuso un crujido estruendoso; moles de piedra cruzaron el espacio y dieron contra las aguas, aplastándolas, partiéndolas, abriendo en ellas un abismo que se cubrió de espuma. Hízose después el silencio; los combatientes se daban tregua para restañar sus heridas. La tregua duró poco; empeñóse el combate más recio, más terrible que nunca. Torpe fué el mar creyendo vencer á la montaña, dorque le arrancaba unos pedazos. Las desprendidas

rocas, no esclavas del mar, parapetos de la montaña son. En sus puntas se hace el oleaje jirones.

Al Cueble me llevan hoy mis paseares. Voy á monte traviesa, hundiendo mis pies en la hierba, que la lluvia matutina humedeció. El cielo está gris; la campiña, solitaria y callada; nieblas opacas envuelven los picos de la cordillera. De tiempo en tiempo tropiezo con una casería; sus habitantes me saludan, les contesto y sigo mi viaje, mientras las nubes se deshacen sobre mi cabeza en menudísimas gotas de agua.

Algo que brilla entre unas zarzas atrae mi atención. Parece un joyel, una piocha de brillantes. ¿Será alhaja perdida por el hada de estas melancólicas soledades en sus invisibles excursiones?

Entre los zarzales reluce; sus cambiantes son maravillosos; en cada faceta relampaguea un arco iris. Las piedras son gruesas, límpidas, de matiz y forma irreprochables. Valor grande ha de ser el suyo. Ceñidas al cuello de una hermosa, atraerían sobre él más y más codiciosos mirares que si el cuello fuese desnudo. Puestas al asedio de una virtud, acaso la rindieran. En la mitología actual, el joyero suple con ventaja á Cupido.

¿De qué mina salieron aquellos purísimos brillantes? ¿Qué artífice los lapidó para engazarlos al encaje de plata donde se reúnen?...

¡Ay!... Mujeres hermosas que soñáis con ricos co-

llores para cautivar el metalizado corazón de los modernos amadores; galanes que pedís á la riqueza los méritos que para rendir hermosuras os negaron el corazón y el entendimiento, esta joya no os sirve; carece de precio en el mercado; construyéronla unas gotas de lluvia sobre humilde tela de araña. Sólo un hombre y una mujer que se amen de amor y tengan poesía en el alma, podrían hacer con esta joya labrada por la Naturaleza sobre la vivienda de un insecto, regalo de boda, presente de sus á diario repetidas nupcias. Vosotros, no. Vosotros la romperíais con la contera de vuestros bastones ó con el regatón de vuestras sombrillas.

.....
¡El Cueble!... Un anfiteatro de rocas sale del mar para unirse con la montaña. En este anfiteatro luchan como fieras las olas; rugidos siniestros lanzan los mónstruos verdes al morder la peña con sus bocas espumeantes. El viento ruge en las hendiduras del acantilado. Los dos gigantes, la montaña y el mar, se desafían y se increpan.

Difícil sería hallar algo más bravo, más salvajemente hermoso que el paraje donde me encuentro.

Tienen allí las aguas del Océano entonaciones sombrías, casi negras; sus estremecimientos son brutales; las olas se erizan sobre aquellas aguas como si fueran montes coronados de nieve; montes que an-

dan, que avanzan contra los otros montes para reñir cuerpo á cuerpo con ellos. Van unos tras de otros, incansables, incontables, dispuestos á pulverizar con su envite la carne granítica del acantilado. El acantilado aguarda el choque presentando á los asaltantes las agudas puntas de sus rocas bajas, irguiéndose sobre ellas como fortaleza inexpugnable, tallada á hachazo limpio por la mano férrea de un titán.

El choque se repite una vez y otra y otra, entre el rugir espantable del Cantábrico y el bramar salvaje del viento. Las montañas líquidas caen sobre las rocas, describiendo curvas, en cuyos remates la espuma penachea; momentos antes de acometer, de volcarse contra el anfiteatro, la tonalidad oscura de sus verdes se aclara, se anemiza; diríase que las olas saben que van á morir, y palidecen.

¡Qué grandiosa muerte la suya! ¡Qué terco, qué sublime el combate! La ola sube, se yergue, se echa un poco hacia atrás para adquirir más fuerza; de pronto se lanza; las peñas desaparecen bajo un torrente de espumas hervidoras; estas espumas se retuercen, giran, burbujean, lanzan gritos de dolor y de rabia; adquieren tonos lívidos, colores de bilis; saltan sobre las rocas, que las despiden de su lomo; luego caen, retroceden; están vencidas, quieren volver al mar, retirarse de la pelea. ¡Inútil!... Otras olas vienen y las recogen, y con ellas se engruesan, y con ellas vuelven

contra el acantilado, que firme las aguarda y con arrogante impavidez recibe las tremendas salpicaduras.

Así un minuto y otro; uno y otro día; así siglos y siglos... ¡Pelear incesante que acabará cuando acabe la existencia del mundo!

Pocas veces ha gozado y ha sentido mi espíritu tanto como en aquella hora de soledad, mientras fui espectador de la gigantesca pelea.

Pelea terrible, pero hermosa; bien semejante á las que, durante la vida del hombre, libran en su interior las pasiones y la conciencia.

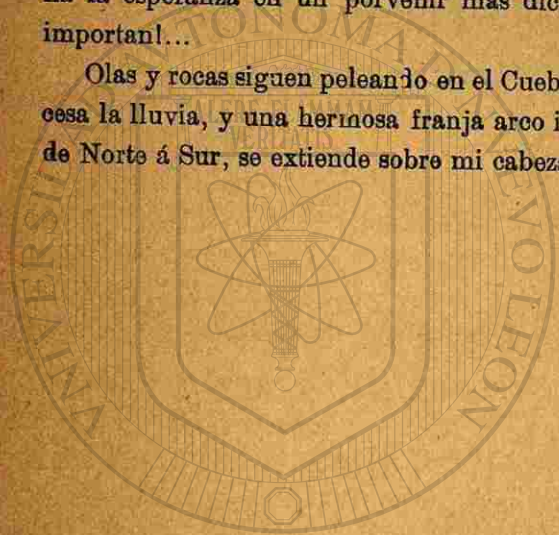
También las pasiones avanzan rugidoras; también amenazan tragarlo todo: deber, dignidad, honra...; también hay momentos en que todo desaparece debajo de ellas, en que trozos de nuestra alma caen rotos y se pierden en el revuelto remolino que esas pasiones forman.

¡Ay de quien no tenga la conciencia firme cuando llegan estos combates! Arrastrado será por las olas frenéticas; naufragio sufrirá su espíritu, y como resto despreciable é inútil irá flotando por la vida. Hay que resistir; hay que poner los mandatos de la conciencia por encima de todo; no para matar las pasiones, que de pasiones vive el hombre, para enfrenarlas, para dirigirlas, para pelear dignamente con ellas; para vivir de esas peleas y con esas peleas y por esas peleas, como vive la Naturaleza entera de peleas semejantes

á las que libran en el Cueble la montaña y el mar.

¡Qué importan esas luchas si se libran con los ojos puestos en ideas grandes! ¡Qué importan si las ilumina la esperanza en un porvenir más dichoso! ¡Qué importan!...

Olas y rocas siguen peleando en el Cueble mientras cesa la lluvia, y una hermosa franja arco iris, que va de Norte á Sur, se extiende sobre mi cabeza...



Para un drama

UANL

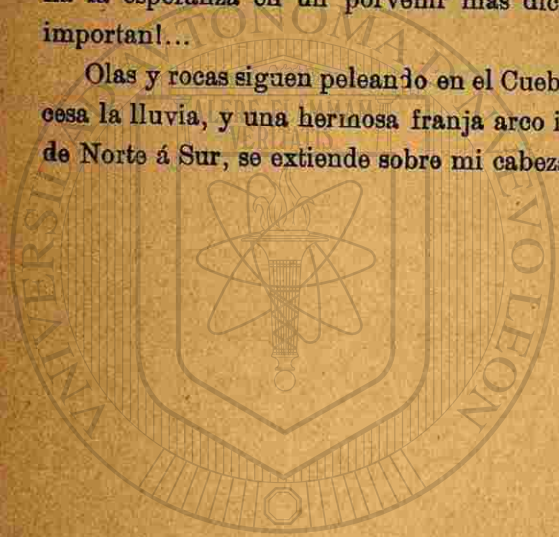
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á las que libran en el Cueble la montaña y el mar.

¡Qué importan esas luchas si se libran con los ojos puestos en ideas grandes! ¡Qué importan si las ilumina la esperanza en un porvenir más dichoso! ¡Qué importan!...

Olas y rocas siguen peleando en el Cueble mientras cesa la lluvia, y una hermosa franja arco iris, que va de Norte á Sur, se extiende sobre mi cabeza...



Para un drama

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ENTRE mis recuerdos de San Vicente de la Barquera, hay uno que se ha aposentado con señorío melancólico en mi cerebro. Provéalo una medio niña, medio moza. Aún no contará los trece años.

Es una encantadora chiquilla, de ojos penetrantes y vivos, boca maliciosa y riente, nariz un si es ó no respingona, cabellera entre rubia y barba redonda partida por un lascivo hoyuelo.

Hay en su talle flexibilidades de liana; en su busto, apasionadoras redondeces; en su andar, gentileza; en su conversación, gracia y donosura. Tiene su cutis palideces románticas y orlan sus párpados ténues y sensuales ojeras.

No la educaron vulgarmente. Sabe pensar; también sentir sabe: siempre se aparejan como buenos hermanos sentimiento y discurso. Su imaginación la lleva á ensueños no vulgares que, antes de moldearse entre sus labios color de lumbre, pasan por los cristales de sus ojos en rayos purísimos de luz. Tal vez sue-

ña ya con amores llenos de idealidad y exquisitez; con amadores que llevan elegancia en el vestir, galanuras en el hablar, varonía caballerosa en la imagen y trovadoresca poesía en el corazón.

Tal vez sueña con eso el tierno capullo de mujer, á quien un día y otro he visto pasar frente á mí, conversando con veraneantes de catorce, de dieciséis años á lo sumo; ellos estudiaban, mirándose en los ojos de ella, el abecedario del amor. Ella se lo enseñaba con la superioridad de quien sabe leer de corrido.

Hasta ahora, dirán mis lectores, ni la cosa es extraordinaria ni el drama sale por sitio alguno. Casi todas las niñas de trece y catorce piensan y hacen igual que la niña de la Barquera.

Cierto. Solo que todas esas niñas, educadas superiormente en pensamientos y sentires, cuando habitan grandes poblaciones ó poseen riquezas, pueden convertir en realidades sus ensueños de amor, de felicidad, de fortuna.

La niña de la Barquera habita un pueblo de sesenta vecinos y es pobre; por su educación, ni gusta el trato de las aldeanas humildes, ni éstas gustan de ella para el trato suyo; por su pobreza, no puede alternar con las señoritas del pueblo; tampoco éstas la conceden alternativa. Se halla entre las unas y las otras, aislada, á distancias iguales, sin poder unirse á ellas, viviendo entre las dos solitariamente.

De ensueños amorosos, no hablemos. Puede acariciarlos, sentirlos; volverlos realidad, no. Los mozos de la aldea que se trajean bien y á las veces discurren, aunando el caudal con la sabiduría, no serán para ella. O unirán su suerte á la de las muchachas ricas del pueblo, ó se irán en busca de mujer á las grandes ciudades. No son para la niña; sólo un azar amoroso podría entregárselos. En el juego de amor, tal y como hoy se entiende el amor, son poco frecuentes los azares.

Los mozos de la aldea que viven dedicados al trabajo manual y ganan su vida remo en puño ó herramienta en brazo, tampoco pueden ser para ella; resultan demasiado groseros á los sentires y pensares de la criatura gentil.

Quedan los veraneantes; pero éstos son aves de paso. Cantarán amores á la deliciosa aldeana, pero no harán con ella nido. Tenderán sus alas á los comienzos del otoño, y la niña no podrá seguirlos. Las aves humanas sólo vuelan en ferrocarril, y el ferrocarril cuesta dinero, y la vida en las grandes ciudades es cara, y la niña de la Barquera es pobre.

Este es el drama; no el de la niña de la Barquera, el de todas las mujeres destinadas por la suerte á vivir dentro de las aldeas, con hermosura, con educación y sin capital. Aun las mismas que poseen ese capital y se hallan sujetas por las circunstancias al vivir

aldeano, tienen porvenir triste de amores y dichas, si su espíritu y su entendimiento están afinados para exquisitos ensoñares.

Siendo triste en tales circunstancias el porvenir de las jóvenes ricas, ¿cuál será el de la niña pobre de la Barquera?

Yo lo veo, lo veía, envolviéndola con velos de amargura y desesperación, cada vez que la gentil muchacha pasaba al lado mío, balanceado el flexible tallo de liana, luciendo las apasionadoras curvas del busto, entreabriendo al espacio su boca maliciosa y riante, clavando en el cielo sus ojos penetrantes y vivos, y aspirando el aire fecundador de la montaña por las anchas fosas de sus respingonas narices.

¿Qué porvenir es el de esa niña? El suyo, lo ignoro; el de casi todas las niñas que nacen y viven como ella, no es difícil profetizarlo. En él se halla el asunto, no de un drama, de dos.

El un drama es el drama terrible, el trágico, de la mujer que quiere amar á un ser digno, siquiera sea exteriormente, de los amores suyos; el de la que se rebela contra su destino, y ansiosa de volar, de tender las alas que Naturaleza le dió, emprende el viaje con el primero que entona á su oído el soñado cantar, para caer después con las alas rotas.

El otro drama es el drama silencioso, manso, más trágico quizás que el primero; el drama de la juven-

tud agostada en la dolorosa faena de esperar lo que jamás ha de venir; es el drama de los días, de las horas, de los minutos, que van dejando huellas en el espíritu y en la carne, y acaban por hacer de la joven soñadora, hermosa y alegre, una solterona agria, fea y ridícula.

¡Ah, encantadora niña, infeliz prisionera del medio! El recuerdo de la belleza tuya y la tristeza del porvenir tuyo traen á mi cerebro lágrimas de esas que no se salen por los ojos...

¡Quién sabe si algún día la belleza tuya y el triste porvenir tuyo nos servirán á mí ó á otro cualquiera autor para llenar unas cuartillas y buscar satisfacciones á nuestra vanidad con el aplauso público y á nuestro bolsillo con los derechos de representación!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
25, 1022 MONTERREY, MEXICO



UANL

La colonia escolar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNDIENDO mis pies en las arenas de la playa,
aún humedecidas por el beso de la marea,
llego á los arranques del monte. Una lancha
atraviesa la ría con perezosa lentitud; el trajín de los
remos despide al espacio gotas de agua, que transfor-
ma el sol en pedrería. El remero canta una montaña-
sa. Hacia la aldea lleva el viento las notas del cantar.

Aunque á la mar me marchó,
yo no me voy.
Mi alma queda contigo:
contigo estoy.
¡Contigo estoy!...

El último verso, repetido dulcemente por el can-
tor, se prolonga, se alarga, parece que no quiere con-
cluir nunca. Es una caricia entregada al aire.

Echo monte arriba, abriéndome paso entre las
malezas punzadoras. Los rayos solares calientan mis
espaldas; el sudor gotea en mi frente; una cerca de
piedras corta mi camino; la salto, burlando el espina-
je de un zarzal, y enfrente con el edificio de la co-
lonia.

Es modesto, de un solo piso, de reducidas proporciones. Su puerta se abre cara al Océano; anchos ventanales agujerean las cuatro fachadas; un tejado rojizo las cubre; la chimenea cimeadora del tejado, se corona de humos azulosos.

La fachada que mira hacia Oriente proyecta su sombra sobre el prado. En aquella sombra, un grupo de treinta criaturas, medio tendidas en el suelo, se presenta á mis ojos. Dos mujeres cosen cerca del grupo; un hombre, sentado en una silla que se recuesta contra la pared, hojea las páginas de un libro.

Son los colonos; los profesores y discípulos que el Museo Pedagógico manda todos los años á la colonia escolar de San Vicente, la segunda expedición, formada con niñas y niños de las escuelas públicas, con infantiles humildes, que vienen á solicitar de las brisas del Cantábrico y de los aires de la montaña un poco de salud para sus cuerpos enfermizos.

En esta segunda colonia hay más niñas que niños. Pintoresco resulta el cuadro que ofrecen las muchachas. Sus trajecillos de percal forman sobre el suelo espléndida paleta donde todos los colores compiten; sus voces infantiles son como pjar de pájaros en los bordes del nido. Las niñas repasan sus ropas; los niños charlan, no lejos de ellas, junto á ellas y con ellas. Mezclados están unos y otras en alegre tertulia. Viéndolos así me parecen una aurora humana, en la cual

los hogares futuros, constituidos por compañeros, por hombres y mujeres, no por hembras y por machos, despuntan.

Todos se levantan al mirarme llegar; los niños me rodean. Rego, el profesor que estaba sentado en la silla, les acompaña; Blanco, el otro profesor de la colonia, sale de la casa á mi encuentro. La esposa de Rego, profesora también y su compañera «la señorita Petra», como la llaman cariñosamente los chicos, corresponden á mi saludo con un franco apretón de manos.

Parecemos ellas y yo desde el primer minuto amigos que se ven después de una ausencia, y eso que no nos hemos visto nunca. Bah, ¡qué importa!, nos conocemos, fraternizamos en el ideal; con hermanas hablo, hablando con aquellas dos mujeres, que se consagran á moldear las mujeres del porvenir.

¡Y qué grata es la conversación con mujeres, cuando pueden echarse á un lado requiebros estúpidos y gazmoñerías ridículas; cuando no es la mujer muñeca empolvada, peripuesto maniquí, que pone en feria su hermosura y estudia la sonrisa y el gesto, juzgando su misión exclusiva en el mundo cautivar al hombre con los esplendores de su carne! ¡Qué grato es ver á dos mujeres jóvenes ser algo más que agradadoras de hombres: seres que discurren, que abordan bravamente los problemas del porvenir y se ocu-

pan de las humanidades que poblarán ese porvenir y de la felicidad de esas humanidades más que de los pliegues de su vestido y de los bucles de su pelo!...

¡Qué grato es también conversar con hombres que arrojaron de sus conciencias y de sus cerebros el lastre ruinoso del pasado y quieren hacer hombres nuevos, criaturas libres que anden por el mundo sin otras pautas que las que su juicio les trace y su voluntad les indique!

Sí, es muy grato, porque tales conversaciones y tales personas devuelven la esperanza á quienes sonando con la redención nacional y humana de esta querida patria nuestra, la vemos hundirse más y más cada vez en abismos de materiales y morales miserias que encogen el corazón y que entristecen el espíritu.

Como de un baño de esperanza salí yo del edificio de la colonia, luego de recorrer sus ventiladas habitaciones, sus cuatro dormitorios, donde el esmero femenino ha hecho de cada cama un nido blanco, de blanca tan purísima como el alma de los infantes que buscan en ellas su dormir; su comedor con la mesa de pino embellecida por ramos de flores, pródigos en campestres perfumes, y sus cocinas limpias y sus lavabos útiles á todos los menestres del aseo físico de los muchachos, como útiles son las enseñanzas de los profesores á su aseo material y moral.

Sí; fueron dos horas deliciosas las que pasé con los

colonos, y digno remate de ellas el momento en que todos, maestros y discípulos, emprendieron su diaria excursión, saltando, corriendo, dando voces y carcajadas que el viento repetía como un himno triunfal.

Estas colonias, donde á un tiempo se fortalecen los músculos y los sesos de las criaturas, donde se les faculta para respirar y pensar ancho, podían ser la base, el arranque de la regeneración española. De estas humanidades en germen podían salir humanidades firmes, progresivas, capaces de todo lo bueno; prontas al amor y á la bondad y á la justicia. Robusto el cuerpo, enérgica la voluntad, libre la conciencia y desentelarañado el pensamiento, ¡qué lejos podían ir esas humanidades!

Si estas colonias, ayudadas por Instituciones como la Libre de Enseñanza, se menudeasen en España, pronto, á la vuelta de una generación, estaría cambiado, modificado su destino.

No sería España como hoy, patria donde todo lo viejo y todo lo muerto revive y domina é impera; patria de lo nuevo sería, y á cuenta de ser rémora y escarnio, fuera honra y auxilio de la humanidad que marcha hacia el futuro.

Pero, ¡ay!, que las colonias escolares y las Instituciones como la Libre de Enseñanza, tienen precaria vida! El Estado las desatiende; el apoyo particular les falta. Para estas empresas precisa dinero, y el dinero

del Estado no es para el presupuesto de enseñanza, para otros presupuestos es; y el dinero de los particulares no va á los colegios, no á las colonias, donde se hacen física, intelectual y moralmente hombres y mujeres: va á los conventos, á las sacristías, á las Instituciones donde se hacen máquinas, instrumentos humanos, criaturas sin libertad de conciencia y de juicio, que sólo á la ruina y al hundimiento pueden conducir á los pueblos que tienen la mala ventura de albergarlos.

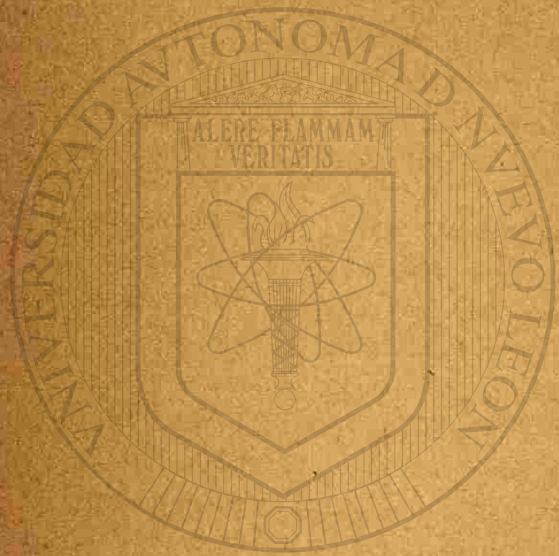
El humilladero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del Estado no es para el presupuesto de enseñanza, para otros presupuestos es; y el dinero de los particulares no va á los colegios, no á las colonias, donde se hacen física, intelectual y moralmente hombres y mujeres: va á los conventos, á las sacristías, á las Instituciones donde se hacen máquinas, instrumentos humanos, criaturas sin libertad de conciencia y de juicio, que sólo á la ruina y al hundimiento pueden conducir á los pueblos que tienen la mala ventura de albergarlos.

El humilladero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



on limosnas hechas por Don Alonso Fernán-
nández Bustamante, capitán de nuestros
entonces vapuleados tercios, construyóse el
humilladero á fines del siglo xvii.

Es una cruz de piedra, á la que se asciende por es-
paciota gradería. Al pie de la cruz están grabados el
nombre y los títulos del fundador. Sin duda el capitán
quería inmortalizarse de algún modo, y no lográndolo
con sus hazañas, lo intentó con sus devociones.

El lugar es poético. Encinas centenarias forman
bosque sobre él, dando al suelo sombras y á los pája-
ros habitación. A espaldas de la cruz se alza la mon-
taña salpicada de maizales; por junto á ella pasa el
camino que hacia Los Rosales conduce; á su frente se
descubre la ría. Sirve a la ría de enlace con la tierra
un embarcadero donde recalán vapores y lanchas, en
su mayoría vizcaínas, que se dedican á pescar *bonito*
y á surtir de él dos fábricas de conservas establecidas
en las inmediaciones.

El chorro de una fuente canta con su cristalino golpear las hermosuras del paisaje.

Durante el día es todo bullicio y trajin el numilladero. Los chiquillos toman por asalto la cruz y la convierten en centro de sus revoltosos jugares; alguna que otra pareja enamorada se sienta en la gradería, proclamando la vida y el placer donde el capitán quiso perpetuar el dolor y la muerte; los marineros descargan sobre el muelle su pesca chorreante de sangre; las trabajadoras de las fábricas, descalzas de pie y pierna, churretosas y mal olientes, transportan la mercancía desde el muelle hasta los edificios; una y otra lancha traen al embarcadero animados grupos de bañistas que se pierden por vericuetos y por sendas. Las mozas de la vecindad charlan junto á la fuente, guardando turno para llenar sus *herradas*, y los marineros vascos hacen, dialogando á voz en cuello, gala de su habla incomprendible.

No son estas mis horas. Yo escojo para visitar el humilladero aquellas primeras de la noche en que todo es calma y recogimiento en el poético encinar. Allí, recostado contra una de las robustas centenarias, dejo que los mirares y pensamientos míos vaguen por las honduras del espacio. El rumor de las olas besando la playa, y los murmullos de la fuente, acompañan mi soledad. Alguna moza, «que hizo tarde», pasa cerca de mí con la *herrada* sobre la cabeza y se desvanece

entre las encinas. La fabrica cerró ya sus puertas; los pescadores duermen en sus barcas aguardando la madrugada para darse á la mar, y la cruz se desdibuja como una encina más á la claridad dudosa de los astros que puntean el cielo.

Noche de luna es hoy. Al igual de las otras, encamino mis pasos hacia el humilladero. El reloj de San Vicente trae á mi oído ocho campanadas; los rayos lunares convierten el encinar en bosque de leyenda fantástica y la ría en argentado espejo. Un aire manso y triste mueve las hojas de los árboles. Hecho con suspiros parece.

«La luna es pálida porque un ingrato la besó»— dice Julieta á su Romeo en la escena divina de sus infelices amores.—Tiene razón la enamorada que hizo de su amador un dios, aquella por quien él lo dió todo, porque ella supo darlo todo también. Razón tuvo la niña rubia. Nada tan horrible como la ingratitud. La luna lleva las palideces de la ingratitud por fuera, en la cara. Los hombres llevamos esas palideces por dentro. Si no ocurriera así, ¿qué rostro humano no parecería de marmol?

Noche de luna es; noche pálida, noche en que, dirigiendo los ojos al astro que un ingrato besara, pueden evocarse otros besos, á cuyo solo recuerdo se pone alma lívida. Noche de luna es; y yo entro por el encinar revolviendo ideas, forjando esperanzas; soñando

porvenires de felicidad y de gloria, que realidades próximas se encargarán probablemente de marchitar y destruir.

Noche de luna es; pero no hallo en el humilladero la silenciosa calma de todas las noches. Dos hombres charlan junto á la cruz de piedra. Son Lorenzo Echevarría, excelente persona, dueño de una fábrica, y el encargado de la misma. En la fábrica hay luz; las trabajadoras van y vienen por su interior. Unas fríen en calderos enormes el *bonito* recién cortado; otras cogen la fritura de junto á las calderas y la apilan sobre los mostradores; otras reúnen los despojos en ensangrentados canastos; cuales trajinan en la orilla del mar. La fábrica no acabó sus tareas al ponerse el sol; abierta se halla, y durante la noche las obreras, que se despiertan, como los pájaros, con la aurora, siguen trabajando en la fábrica, mientras los pájaros duermen en sus nidos.

Allá van y vienen las criaturas del jornal, descalzas de pie y pierna, churretosas y mal olientes. La sangre del *bonito* barniza sus pieles; el sudor corre por sus rostros; los pingos que las cubren flotan al aire, como estandartes de miseria. Necesitan ganar su vida, y por ganarla, ellas, jóvenes casi todas, casi todas afaccionadas bellamente, hábiles para producir en los hombres seducciones y amor, se convierten en algo que repugna. ¡Pobres carnes de hembra, expuestas al

aire, triste es vuestro destino! Para el deseo y el amor del hombre os creó la Naturaleza; el trabajo servil os arrebató ese don sublime y os convierte en ensangrentados desperdicios, que hacen volver los ojos y producen náuseas al estómago.

Tampoco duermen los marineros. En la tierra vasca, en el pueblo donde nacieron, es noche de fiesta la de hoy, y la conmemoran sobre la cubierta de sus lanchas, formando círculo, con la apetitosa olla á los pies y el pellejo de Valdepeñas á la mano.

«¡Eh, señor *Disenta!*—me gritan los marineros, todos amigos míos ya.—Te quieres *senar* con nosotros. *Pásate*, hombre.»

Y paso con ellos, con aquellos luchadores humildes, con aquellos obreros del mar prontos á jugarse la vida peleando de cara con las olas.

Son gente sencilla, ignorante; pero son buenos y leales. No es fácil encontrar en el mundo, sobre todo en mi mundo, amigos de esta condición. Aquí, entre ellos, puedo ser franco y leal también. Ellos no tratan de engañarme; no ven en mí al hombre que puede servirles para esto ó para lo otro; ¿para qué voy á servirles yo?... No me fingirán afectos no sentidos, no me exigirán á cambio de ellos una humillación ó una esclavitud ó una infamia. Ven en mí un compañero, un amigo más, y me invitan á celebrar su fiesta con patriarcales extremos.

Los marineros entonan el zortzico. Las notas graves, casi religiosas, del canto éuskaro, suben al espacio con melancólica armonía; el viento las recoge, las extiende, las prolonga, las lleva arrastrándose sobre las aguas, retozando entre las espumas, mar adentro, siempre mar adentro. ¿Dónde morirán esas notas? Acaso allá, donde la mujer querida ó el hijo adorado aguardan el regreso del marinero, del luchador que va solo, sin ellos, peleando con las olas y con el pensamiento puesto en ellos.

Sigo su canto acompañándolo con la imaginación. No comprendo la letra; ignoro qué significan las palabras engarzadas á las graves notas del zortzico. ¿Qué importa? Mejor. Todos los cantos debían ser así, sin letra comprensible para el oidor. De este modo cada oidor pondría á las notas las palabras más conformes con la situación de su espíritu.

Las obreras han terminado su tarea. En bandadas se dirigen al embarcadero, y descienden sus escalones y chapotean en las aguas para lavar sus carnes llenas de sangre y de churretones de aceite. Ya están limpias; ya son mujeres; ya, cambiada por la usual su ropa de labor, atraen los mirares de los hombres; ya éstos las galantean desde la borda de sus lanchas, mientras ellas ríen y aceptan entre risas el vaso de vino ó el pedazo de carne que los marineros las ofrecen. Ya se despiden; ya se alejan iluminadas por los reflejos de la

luna; ya van las mujeres hacia el pueblo entonando una montañesa

Tambien yo abandono la barca y despidiéndome de los marineros me interno en el solitario encinar. El astro pálido se deshace en rayos de plata sobre mi cabeza; yo lo miro recordando la frase de Julieta: «La luna está pálida porque un ingrato la besó.»

Pálida está la luna, silencioso y triste el encinar; las olas rompen dulcemente sobre la playa; el zortzico, grave y solemne, sigue sonando en las embarcaciones, mientras el canto de las boniteras se escucha lejos, más lejos cada vez, como un eco de amor que se desvanece poco á poco.....



En una nube
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 2000 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



ABRO la puerta de mi casa, salgo al prado y me encuentro sumergido en la niebla.

¡Estoy en una nubl!... Esta frase, que pronuncio maquinalmente, chasquea dentro de mi alma como un trallazo. ¿Por qué?; ¡ay, por qué!... Porque me trae á la memoria aquellos momentos, los más felices de mi vida, durante los cuales sangre y nervios, cuerpo y espíritu, fueron en mí todo placer; no placer corriente, un placer que, de puro intenso, ensueño parecía siendo realidad.

Quien entre mis lectores tenga bastante afinada la sensibilidad para comprenderme, sabrá que cuando tales momentos llegan, cuando el mundo deja para uno de existir, cuando nuestro ser adquiere alas divinas y se remonta á espacios sobrehumanos donde las nociones de tiempo y existencia se pierden, buscamos una frase que resuma la situación de nuestro espíritu. La mía fué ésta siempre: «No vivo en la tierra, floto, estoy en una nube.»

Nube de ópalo, adornada por la felicidad con festones rosa; nube que nos viste y nos envuelve y nos rodea con sus finísimos encajes; nube tibia, perfumada, sensual, en cuyo interior lo infinito parece posible y la ventura inagotable. Nube construída con todas nuestras esperanzas y todas nuestras imaginaciones y todas nuestras ansias de amor y de juventud y de gloria. Nube en la que hay humedades enervadoras de caricia y vapores religiosos de incienso... Con tales nubes debía estar alfombrado el Olimpo.

La nube que ahora me envuelve no es así. Es gris, fría; se pliega sobre mi cuerpo lo mismo que un sudario. Al calor de mi piel, se deshace en anchos lagrimones. No me deja ver la tierra, es verdad; pero tampoco me deja ver el cielo. Ando por ella á tientas. A tres pasos de mí todo son cortinajes cenizosos, que se espesan con la distancia.

Sé que tengo el océano enfrente, porque al frente mío se escucha el romper de las olas. Sé que tengo la montaña á mi espalda, porque suenan á mi espalda rumores de hierbas y de hojas movidas por el aire. Sé que hay vida cerca de mí, porque oigo cantar á los marineros y á los pájaros. Allá lejos, muy lejos, desde la torre de San Vicente me grita el reloj que son las seis de la mañana.

Quiero vivir la niebla; quiero bucear en sus misteriosos abismos. La niebla es triste, pero en su tristura

hay grandeza y serenidad; por ello cautiva y atrae. La tristeza y el desengaño y el dolor, cuando no tienen majestad, sólo inspiran encogimientos de hombros.

¡Quiero vivir la niebla!... ¡Quiero navegar en este océano intangible, formado con evaporizadas lágrimas del cielo!... Hacia adelante voy, extendiendo los brazos, como quien nada, para descorrer las gasas que se ponen por delante de mis ojos, ávidos de mirar.

Y miro, y veo el paisaje de todos los días; pero no lo veo como siempre, de golpe, preciso, abarcándolo de una sola ojeada. Lo veo poco á poco, objeto por objeto, árbol por árbol, mata á mata, ola á ola. Y, aun así y todo, los seres y las cosas van ofreciéndose confusos, desdibujados, como si pertenecieran á un mundo fantasma.

Aquel edificio parece un montón de cenizas; las puertas y ventanas que negrean sobre él, son los apagados carbones. Al alejarme de mi casa, ésta se deshace, se desvanece; creo que ella y cuanto ella guarda, ó no ha existido nunca ó no voy á volver á verlo más. Un árbol, que surge á dos cuartas de mí, tiene apariencias espectrales; sus brazos se levantan sobre mi cráneo amenazadores, prontos á destruirlo; las ramas de los arbustos me cogen á traición, y se enroscan á mis piernas y se retuercen en mi cuerpo con movilidad viscosa de serpientes apercebidas á morder; un hombre que pasa junto á mí, es pronto una sombra

que flota sin tocar la tierra. Recostada contra una roca hay una mujer; el velo de la niebla cae sobre ella en en pliegues anchos y flotantes. No puedo distinguir sus facciones; tiene apoyado el codo contra la rodilla y el rostro contra el puño. ¿Llora? ¿Espera? ¿Sufre?... Ya se eclipsó, como las imágenes de nuestros ensueños... Por encima de mi cabeza escucho un rumor de alas: ¿qué será? Una gaviota que busca el mar, tomando por guía el sordo rugir del oleaje. La senda que conduce al castillo se abre línea á línea ante mis pisadas; el parapeto en ruinas brota de las cortinas grises como una aparición. Miro hacia arriba. ¿Dónde está el cielo? No lo sé. El cielo no habla. Cuando lo oculta la niebla, hay que adivinarlo. El mar, más sociable ó más compasivo, me dice con cada una de las olas que llegan: «No te importe no verme; no me consideres perdido; aquí estoy.»

Tomo asiento en la balaustrada y me dejo caer poco á poco sobre ella hasta tenderme por completo. En tal postura, ceñido por el sudario de la niebla, me hago la ilusión de que soy una estatua yacente. Tengo abiertos los ojos; pero mis ojos, como los de las estatuas yacentes, no ven; la niebla les ciega para las visiones del mundo exterior. ¡Qué importa! Mirarán hacia dentro. Allí existe otro mundo; miremosle. Puede que las estatuas yacentes miren también así.

¿Qué veo en ese mundo? ¡Ah, qué veo!... Ese

mundo es para mí solo. No pienso enseñárselo á nadie. Bueno ó malo, á mi tan solo pertenece.

Los encajes de la niebla se agitan. Diríase que los sacude una mano monstruosa. El gris se opaliza; ténues rubores van esparciéndose sobre él. De pronto una flecha de oro lo atraviesa; la niebla se rasga; por el boquete que forma su rotura saca la cara el sol. Haces de rayos se dirigen á un lado y á otro; los crepones grises se deshilan, se esparcen, huyen á los rincones últimos del espacio ó ascienden como un vaho púrpureo por cima de las aguas. Un cielo purísimo sustituye á la niebla, y en Oriente el sol ríe con brutales carcajadas de luz.

La niebla no existe. El astro la ha echado del cielo á puntapiés. Abajo, mar, ría, praderas y montañas rinden á mis ojos el maravilloso tributo de sus verdes. En el cielo todo es azul. Sólo allá, en su fondo, flota una nube color de ópalo, adornada con festones rosa...



UANL

Una noche en Unquera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL cielo está cárdeno, hecho con una sola nube, que baja amenazadora sobre la tierra; el mar se encrespa en olas de plomizo color, vientos de tempestad van y vienen por el espacio.

—Hoy es el día convenido para emprender la excursión á los Picos de Europa, y esta es la hora del viaje—viene Alonso Velarde á decirme—¿Vamos?

—Naturalmente. ¿Por qué no hemos de ir?—le contesto yo.

—Pues andando. El coche está pronto y nos espera.

Montamos en el coche entre el asombro de los curiosos que nos miran. Algunos dicen: «Es preciso estar locos para ir á los Picos de Europa con tiempo semejante.» Otros nos aconsejan, nos dan razones científicas y no científicas encaminadas á hacernos desistir. Nosotros, como si estuviéramos sordos «¡Arrea, cochero!» grito yo; y los caballos nos alejan á trote largo de consejeros y fiscales.

¡Consejos! ¡Fiscalizaciones!... Vivir de los conse-

jos y fiscalizaciones ajenas es no ser de uno, es ser de los demás. Yo quiero ser mío. A mi amigo Alonso Velarde le sucede lo mismo. Quien vive del ajeno consejo y del ajeno juicio, entregando á ellos voluntades y juicios propios, no se pertenece, se entrega; yo desco pertenecerme. Arrepentido me hallo de haber entregado alguna vez, de haber dejado de ser mío para ser de los otros. Lo hice por bondad, y á la debilidad lo atribuyeron. Claro que, más pronto ó más tarde, les obligué á salir de su error. Pero hay rectificaciones dolorosas, no para los otros, para uno. Es mejor no tener que hacerlas.

A los diez minutos de marcha, la nube se declara cómplice de nuestros consejeros y fiscales, rompiendo en lluvia torrencial. Así como así, el coche es abierto y el agua entra por todas partes, calando nuestros cuerpos y amenizando el principio de la excursión con una ducha inconclufble. ¡Bah! ¡Qué importa! No retrocederemos ante los desplantes de una nube. ¡Venga agual! Detrás de esa nube está el sol. Puede que, satisfecho de nuestra constancia y de nuestra energía, nos salude y nos acompañe en nuestras futuras jornadas.

Por de pronto, al llegar á Unquera la nube tempestuosa ha desaparecido. Nubecillas grises van y vienen aún por el espacio; ya lucen los astros entre ellas, y, por si esta esperanza fuera insuficiente, en la puer-

ta de la casa donde para el coche, un grupo de muchachas encantadoras nos recibe.

Son las hermanas de Alonso Velarde y las hijas de D. Fidel Velarde, tíos de mi compañero y amigo.

Es privativo en estos Velardes montañeses ser los hombres avanzados en el pensar y francos en el trato; ser las mujeres hermosas de figura y afiradas de inteligencia. Ni hay en ellos doblez, ni hay en ellas gazoñería. Como á un hermano me reciben; ellos, extendiendo las manos; ellas, dirigiéndome una afectuosa sonrisa.

Unquera es el primer alto de la excursión que realizan, juntamente con Velarde y conmigo, D. Juan Martínez, un madrileño muy simpático, su hijo y dos muchachuelos, á quienes quiero con toda mi alma y por quienes todo sacrificio me resultaría escaso en el mundo.

La cena es deliciosa; sazónanla la conversación invulgar de hombres y mujeres, y los dones que ellas hacen á nuestros ojos con el espectáculo de sus imágenes gentiles.

No pensé nunca hallar en una aldea tan grata é ingeniosa tertulia. De todo se habla en nuestra mesa, de todo puede hablarse sin que los hombres se queden á oscuras y las mujeres hagan gestos de extemporáneos pudores y de hipócritas ignorancias. Política, arte, religión, costumbres; todo se discute y analiza

entre sorbo y sorbo de café. Quién, recordando á este poeta, repite sus versos; quién, evocando la memoria de un músico célebre, historia sus procedimientos é imaginaciones. Después, en el salón, las muchachas tocan el piano, conmoviendo nuestros espíritus con sencillos cantos regionales ó ensanchando nuestras almas con beethovenianos acordes...

¡Hermosa velada! ¡Gratisima y encantadora reunión! Aquí, en la aldea humilde, he tropezado con mujeres que para entretener las horas saben algo mejor que tocar polkas y bailar tangos y hacer mohines coquetescos; con hombres á quienes puede hablárseles de algo más que del último cambio de Gobierno ó de la entretenida en moda. Reciban ellos y ellas en estas líneas, escritas al correr de la pluma, el testimonio de mi gratitud. El alma tiene también su respiración y agradece mucho una bocanada de aire puro.

Allí mismo, en aquel salón, entre aquel ambiente de arte, de belleza, de poesía y libertad, grita Alonso Velarde:

— ¡Nada, chicas, cosa resuelta; mañana vamos todos á los Picos! El viaje es penoso, las ascensiones duras; pero no creo que os asustéis. Además necesitamos vuestra compañía. Será una excursión deliciosa; invadiremos como camaradas aquellas alturas y prolongaremos unas horas más estas horas felices que la casualidad nos hace pasar juntos.

No; no haya cuidado; las muchachas no retroceden ante la excursión; no son ellas, afortunadamente, de las que se asuntan porque sus pies se deformen en la alpagarta, porque el sol y el aire tuesten sus cutis y porque en los Picos de Europa no haya cajas de polvos. Son mujeres, pero sin perjuicio de ser hermosísimas hembras, saben ser compañeras también.

¿Cómo haremos el viaje? Como pueda hacerse. En coche, á caballo, á pie, trepando por las peñas, si hay que trepar, agarrándose á las rocas, si es forzoso agarrarse. La expedición está resuelta.

— ¡Hasta mañana! — nos decimos los unos á los otros. Y ya, solo en mi habitación, entreabro los balcones y aguardo los avisos del sueño, contemplando la silenciosa aldea, escuchando el rumor que hacen las ondas de la ría dirigiéndose al mar, y oyendo sobre mi cabeza el alegre charloteo de las muchachas.

Amenguado por los espesores del tabique, llega aquel charloteo á mis oídos como una música, como un canto de pájaros que se recogen en sus nidos.



Los picos de Europa
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El sol no quiere desairar nuestro viaje, y aparece en su oriente trepando una montaña que se recorta bajo el cielo. Tres ó cuatro nubecillas que andan por él, sueltas, calavereando sin duda, se tiñen de rojo al ver al fecundador de la tierra; y éste, pasando por entre ellas desdeñosamente, sigue su camino hacia arriba, siempre hacia arriba, desplegando sobre lo azul su espléndido rayonaje de oro.

Ante mis pupilas, aún medio veladas por el sueño, ofrece la ría de Unquera el desfile voluptuoso de sus ondas turquí. Tiembla el agua á los besos del sol; espónjense en ella ánades y patos; los pájaros celebran concurso de trinos en los árboles ribereños. Carretas de chirriante rodar bajan, al pezuño cansino de los bueyes, las cuestas que á la sierra conducen; puntas de ganado vacuno pacen en la pradera; cerdos de blanquísima piel meten sus hocicos bermejos en el barro, y las gallinas picotean á este lado y al otro, se-

guidas por los gallos que las vigilan con sus ojos de lumbre. Allá lejos, muy lejos, contra las peñas, se deshacen las olas.

Hermoso prólogo á nuestra excursión es el paisaje ofrecido á mis ojos por el valle de Unquera. Más hermoso resulta cuando, avisadas por el cascabeleo de los coches, bajan las muchachas, las que van á ser mis compañeras de camino, á la calle.

Frescas, alegres, sonrientes, luciendo al sol sus cabelleras azabachinas y castañas y rubias; reflejando la alegría en sus ojos de verdes ó de negros ó de azules colores y sonriendo con placentero sonreír, forman un grupo encantador. Parecen juntas, apiñadas, ceñidos los gentiles bustos por blusas blancas, celestes, lilas, rojas, un ramo de flores humanas, hecho por la Naturaleza para regalárselo al día que acaba de nacer.

Hasta Panes desliza el Deva su corriente por riberas de frondoso verdor. Verdes son las montañuelas que bajan á besar las ondas del río; melancólico y dulce el paisaje, salpicado con caserías, con huertas, con plantaciones de maíz. A la paz de un vivir tranquilo invita el panorama. Todo es en él monótono, uniforme, igual. Hecho está para cuna y morada de esas criaturas vulgares que sienten pasiones incoloras y se asustan de las luchas y tiemblan frente á los sacrificios y retroceden ante los menores obstáculos.

En Panes el paisaje cambia bruscamente; las montañuelas verdes se transforman en moles adustas, de sombrío color, de tajante y áspero dibujo. Hecha parece la vegetación con ramas de cobre sin pulir, y no de la tierra, blanda y amorosa engendradora de raíces, no de los surcos, regados por la mano del hombre, brotan plantas y árboles; en la roca viva, en las negruzcas hendiduras de la montaña tienen su matriz, y de ellas arrancan para erguirse sobre alturas desafiantes y balancearse á impulsos de un aire, siempre dispuesto á ser huracán. Los valles se vuelven abismos; las pendientes, horribles cortaduras; el Deva ya no es río tranquilo, que por entre hierbas se desliza; torrente espumoso es, que de lo alto se precipita y entre rocas salta y en inexploradas simas se pierde.

La Montaña es dueña de todo; los pueblecillos, las viviendas humanas, aparecen en ella como granulaciones tímidas, que apenas manchan su monstruosa piel de granito; las torrenteras, ahora secas, se rellenan con pedruscos color ceniza; parecen ellos, suspendidos sobre los abismos en revuelto montón, olas petrificadas, olas de un mar enorme, que el parapeto de la montaña oculta á los ojos. Esta, la montaña, despotiza el paisaje, y á regañadientes deja hueco á la carretera, que es, entre los fieros murallones, cinta gris casi imperceptible; en algunos sitios, las rocas parecen cortar el camino, cerrar los Picos de Europa

al paso del viajero, cerrárselo por el frente, por los costados, por la espalda, emparedarlo en un *in pace* gigantesco. El cielo mismo se hace á las veces invisible; tanto los desfiladeros se angostan y se elevan. No horas, minutos tiene el sol en tales parajes para gozar de la montaña. Sólo cuando llega a su meridiano la posee; después la montaña se cierra con altanería á sus caricias; gracias á que, como hembra, es coqueta y es vanidosa, y abre en el rocaje boquetes, ventanas ciclópeas, por donde el sol puede mirarla unos segundos cuando empieza á nacer y cuando va á morir.

Asomado á una de aquellas ciclópeas ventanas le contemplamos en nuestra ascensión á los Picos. Su caraza de lumbre escudriñaba los rincones de la montaña con amante curiosidad, y un rayo de su luz, un su beso enviado á distancia, cayendo sobre las espumas alzadas por el río al chocar en las peñas, dibujaba en el espacio los colores del iris.

¡Trágica visión la que ofrece á cada revuelta, á cada recodo del camino, el viaje ascensional á los Picos de Europa!

A las ansias de un vivir grandioso y terrible invita el bárbaro paisaje. Todo es en él rudo, desigual, imponente. Hecho se halla para morada y cuna de excepcionales criaturas, de las que sienten pasiones hondas y terribles, de las que viven en la lucha y para la lucha, de las que no tiemblan ni ante el dolor

ni ante el sacrificio, de las que cuando tropiezan un obstáculo lo embisten frente á frente, hasta que el obstáculo cae ó el obstáculo las aplasta.

Y así siempre, desde Panes hasta la Hermida, desde la Hermida á Bejes, desde Bejes hasta los hornos de fundición, en que los mineros de la sierra se cuecen con el mineral; desde los hornos de fundición hasta las altas minas, en cuyo fondo trabajan los mineros á la lumbre de sus candiles, con los brazos en trajín perpetuo para mover los picos y con las piernas metidas en barro polar hasta las corvas.

Tan próximos al cielo como se hallan los Picos de Europa, lógico parecía que en ellos solamente existiesen majestad y grandeza; que las maldades y los egoísmos humanos no llegasen hasta ellos; y que, así como la nieve brilla inmaculada en sus cumbres, tuvieran templo inmaculado en sus cumbres también, la justicia y la fraternidad y el amor.

¡Sueños de poeta!... Los egoísmos y las maldades humanas á todas partes llegan, en todas partes dejan sentir sus crueles efectos. Allá, en las cimas de los Picos de Europa, donde el cielo casi se toca con la mano, hay explotadores que se enriquecen con el trabajo ajeno; hay hombres, hay mujeres, hay niños, hay criaturas infelices, que por un jornal de tres pesetas trabajan de sol sol, sumidos en la sombra, chapoteando sobre un agua que es hielo y hundiéndose hasta

las rodilas en un cieno arcilloso, que tiene frialdades de muerte.

No para bendecir á Dios alcé los ojos al cielo cuando me ví en la más alta cima de los Picos de Europa; para maldecir el egoísmo de los hombres los bajé hacia las minas, hormigueantes de trabajadores y chorreantes de humedad; hacia la fundición, coronada por un humo denso y negruzco; era aquel humo como la respiración condensada de los obreros que junto á los hornos se asfixian. Allí, en aquella cumbre que domina el martirio de las pobres bestias del trabajo, han puesto los explotadores un corazón de Jesús, esculpido en bronce. ¡Pobre Jesús, cómo te maltratan y te envilecen!...

Santander y Asturias se despliegan ante mis ojos desde el sitio casi inaccesible que huellan mis pies. Manadas de pueblos se suceden de montaña en montaña; picos de salvaje estructura se erizan á esta parte y á la otra, coronados por monteras de nieve; saltan los torrentes con tremendo rugir; los montes son manchas verdosas en la lejanía; los valles, jardincillos; el mar, una línea azul sobre la que flotan vahos color rosa.

A mis ojos una inmensidad se descubre; á mis pies cae el pico á plomo, como separado de la cordillera por una hacha hercúlica; un abismo de dos mil seiscientos metros de hondura abre sus fauces ante mí.

Estoy solo, solo, con las pupilas clavadas en el abismo negro; Al mirarme así, envuelto por un impermeable que casi me llega hasta los pies, afeitado el rostro, el alma y el pensamiento llenos por imágenes de mi existencia, creo que soy Don Alvaro, el infortunado amator, el juguete trágico del destino, el que creyendo vencer sus pasiones y sus tormentos con el retiro y con la soledad, no pudo lograrlo, porque pasiones y tormentos volvieron á buscarle y á herirle y á desgarrarle fibra por fibra las entrañas.

Creo eso, pienso eso, y siento el vértigo de las alturas, el deseo de imitar al trágico personaje de Saavedra, de arrojarme como él de cabeza en la horrenda abertura. Allí nadie pondrá epitafios sobre mis restos; nadie vendrá á escarnecer con su indiferencia y con sus burlas mi cadáver.

¡Morir!... No es fácil morir cuando se quiere. Es preciso vivir; es necesario continuar peleando y sufriendo, porque la vida ya no es de uno; es, en el terreno personal, familiar, de los de uno, de aquellos que viven por uno; es, en el terreno humano, de todos los hombres; y más que de todos, de los que, como los trabajadores de la mina, padecen martirios sociales y piden ayuda y esperan que se les abra un porvenir...



Al caer de la lluvia

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



LEGAN para esta montaña los días tristes. Las nubes envuelven sus cimas. La lluvia cae desde las nubes, monótona, tenaz incansable. Adquiere el mar los matices del plomo; hasta la espuma de las olas pierde en blancura y transparencia.

Los caminos se embarran, los veraneantes hacen sus maletas; un viento húmedo y frío sacude las hojas en los árboles; los hoteles de estos Rosales, donde llevo dos meses de trabajo y de soledad, empiezan á desocuparse; carros con baúles y coches con personas, pasan por frente á mis balcones, dirigiéndose á la estación. Dentro de tres ó cuatro días nadie me acompañará con sus saludos en este deleitoso retiro, que ha traído á mi cuerpo la salud y ha tonificado las nerviosidades de mi alma.

Necesarias me eran una cosa y otra para seguir viviendo con los músculos fuertes y con la conciencia tranquila. La flojedad del cuerpo se traduce en debi-

lidades para el espíritu, y le hace juguete de vicios y pasiones. Ni de unos ni de otras volveré á ser esclavo cuando, terminadas mis tareas, cumplido en estas soledades el sento deber del trabajo que á ellas me condujo, vuelva á ese Madrid, donde todo género de luchas me aguardan.

Hoy es imposible salir. La lluvia me encarcela en este despacho, medido cientos de miles de veces por el vaivén de mis pisares. En la mesa, cerca de mí se alzan montones de cuartillas escritas con letra desigual. Son artículos, escenas, versos... Toda mi labor de estos dos meses que hoy se cumplen. La lluvia conmemora el aniversario llorando lágrimas anchas sobre los vidrios del balcón.

Delante de mí hay una cuartilla; sobre ella, aún húmedas, recién escritas, se destacan estas tres palabras: *Amor, placer, dolor*. Las leo, y después de leerlas, quedo con la pluma en alto y los ojos puestos en el espacio gris por donde gotea la lluvia.

Amor, placer, dolor. Verdaderamente, el amor se resume en estas dos últimas palabras. Quien sólo vea en el amor el placer de gozarlo, no ha disfrutado más que la mitad del amor; no lo conoce bien, no lo ha vivido por entero.

En amor, es tan hermoso gozar como sufrir. Hay una extraña delicia, una voluptuosidad suprema en sufrir por el ser amado. Los grandes amadores lo saben.

Exprimir el placer en su copa de oro hasta arrancarle la gota última de su esencia divina, es sublime labor, goce inefable, durante el cual se deja de ser hombre para transformarse en criatura alada, que sube y sube, derramando y absorbiendo felicidades por celestes espacios.

Pero hay labor tan sublime como exprimir el placer en su copa de oro: exprimir el dolor gota á gota y saborearlo, hasta la gota última también, en su copa de trágicos y cortantes bordes.

Vivir el dolor, entregarse á él, sumergirse en él, escarbar las heridas que el amor produce á nuestra alma, es también un goce. Lástima siento por los que no saben ni pueden disfrutarlo, por esas vulgares criaturas que echan careajadas estúpidas sobre el dolor para enterrarlo dentro de ellas, y sustituyen el amor perdido con nuevos amores, sin tener la dignidad de sus amarguras, sin sentir éstas, sin conceder al dolor su grandiosa soberanía.

¡Pobres criaturas!... Los grandes amadores, los que saben emborracharse de dolor, como antes se emborracharon de placer, sólo desdén y risa pueden sentir hacia ellas; más todavía que risa y desdén, compasión y desprecio.

Tales criaturas mueren sin entrar en el templo; se quedan á la puerta. Sólo el eco de la oración recogen.

Estos pensamientos van y vienen por mi cerebro,

mientras mis ojos van y vienen por la cuartilla á medio escribir, mientras la lluvia lagrimea sobre los cristales.

Gran belleza tienen los días claros, cuando el sol brilla como un disco de fuego en el cielo azul, y mar y montaña son esmeraldas, y es el canto de los pájaros y la alegría de los hombres himno de placer que sube á la altura, saludando al padre augusto de la luz.

Bellos son tales días; pero no lo son menos estos otros, durante los cuales montaña y mar tienen dulcísima melancolía en sus pálidos verdes, y los pájaros cuchichean sobre los árboles, y los hombres se deslizan como sombras entre la niebla, y mar y aire sollozan, y las nubes se deshacen en lágrimas contra la tierra.

Miro caer la lluvia del cielo con la frente apoyada en el vidriaje que la lluvia humedece; el aire sacude las hojas de los álamos que hay delante de mi ventana; las gotas de agua se desprenden de aquellas hojas y dan en las hierbas de la pradera con triste y sombrío rumor. Las ruedas de un coche suenan á lo lejos; el ruido causado por ellas se aproxima; el coche pasa junto á mí. Son mis vecinos del último hotel, que emprenden su regreso á la corte y me saludan al pasar.

«Adiós, hasta la vista», me dicen; y yo, que apenas los traté, siento pena al verlos marchar. Van con-

tentos; en sus ojos luce la esperanza, en sus labios sonrío la alegría. Es que el recuerdo de Madrid será pronto realidad para ellos, y empiezan á saborearlo con los mirares puestos en el camino que lleva á la estación.

Ya no los veo; ya desaparece el coche entre los árboles; ya vuelven á apoderarse del paisaje el silencio y la soledad.

Mis ojos caen otra vez sobre las cuartillas amontonadas encima de la mesa. La pluma tiembla entre mis dedos; las cuartillas, aún vírgenes, blanquean delante de mí. Cuartillas y pluma parecen decirme: «¿Qué haces ahí inmóvil? Trabaja; emborróna el papel que necesitas aún emborrónar. Esperanzas y realidades están para tí en estos montones de papel, en estos versos, en estos artículos, en estas escenas... Trabaja, concluye tu labor. En tu trabajo está el porvenir; y no el tuyo, el de otros seres que te son queridos; el de otros seres que sólo en tu trabajo pueden esperar. No es el aplauso, no es la gloria lo más grande que puede haber en esas cuartillas... ¡Aplauso!... ¡Gloria!... ¡Eso antes!... Ahora no es en tí en quien has de pensar. Otros y para otros deben ser los pensamientos, las esperanzas tuyas. Trabaja.»

La pluma se apoya sobre las cuartillas, y mi trabajo diario empieza, acompañado por el monótono caer de la lluvia...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	Páginas.
La Llegada.....	3
Media noche.....	13
Santa Catalina.....	23
En la playa.....	31
Entre muerto.....	41
Mi barquero y yo.....	51
El balcón de la parra.....	61
Santillana.....	73
El Cueblo.....	83
Para un drama.....	91
La colonia escolar.....	99
El humilladero.....	107
En una nube.....	117
Una noche en Unquera.....	123
Los picos de Europa.....	133
Al caer de la lluvia.....	143

OBRAS DEL AUTOR

Spollarium.—Tinta negra.—De la batalla.—Crónicas.—Espumas y plomo.—De piedra á piedra.—Traperías.

TEATRO

El suicidio de Walther (cuatro actos).—La mejor ley (tres actos).—Los irresponsales (tres actos).—Luciano (tres actos).—Juan José (cuatro actos).—El señor Feudal (tres actos).—Aurora (tres actos).—La conversión de Mañora (tres actos).—Amor de artistas (cuatro actos).—Daniel (cuatro actos).—Pa mi que nieva (un acto).—De tren á tren (un acto).—El tío Gervasio (monólogo).—El león de bronce (monólogo).—El duque de Gandía (tres actos), en colaboración con Llanos y Chapí.—Raimundo Lulio (tres actos), en colaboración con el maestro Villa.—Curro Vargas (tres actos), en colaboración con Chapí y Manuel Paso.—La Cortijera (tres actos), en colaboración con Manuel Paso y Chapí.—Juan Francisco (tres actos), en colaboración con Chapí.—El vals de las sombras (un acto), en colaboración con Valverde (J.).



UA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

